863.59
F

LA COSTUMBRE VENCE Á LA NATURALEZA,

XIX
1296

POR

EL P. JUAN JOSÈ FRANCO,

de la Compañía de Jesus.

(CON LICENCIA.)

SEVILLA.
Imp. de los Sres. A. Izquierdo y sob.°,
Francos núms. 60 *y* 62.

—

1883.

R
1574

I.

Suele decirse que la felicidad y el contento no existen en la tierra más que de paso. «Hijo mio, decia un respetable anciano á un muchacho que conozco, cuando seas grande, á menudo te hablarán de felicidad: encontrarás fácilmente quien te la prometa, y quien te la haga ver en esto ó en lo otro. Tú, hijo mio, no creas á los que tales promesas te hagan. La felicidad, tal como se la forjan la mayor parte de los hombres, no es planta que arraiga en este mísero suelo. Por nuestra desgracia, Adan y Eva tomaron la semilla dentro de la fatal manzana que tú sabes, y desde entónces no se tuvo ni aun la idea de la verdadera felicidad. Miéntras estamos condenados á vivir aquí abajo, la felicidad es aquel bien que se sueña siempre y no se goza jamás.»

Este discurso es un bellísimo comentario del dicho ya mencionado: y dicho y comentario son, segun pienso, la purísima verdad; pero verdad más experimental de

lo que generalmente se cree. ¡Son tantos los ejemplos que todos los dias los confirman!

Por mi parte, si fuera á contar todos los que han ocurrido en mis dias, á mi vista, y que recuerdo bien, tendria para llenar un volúmen. Pero, ¿de qué serviría cargar tanto la memoria, probando con muchos ejemplos lo que ninguno apénas contradice? Teniendo, sin embargo, que escribir algo de lo que recuerdo, me parece más oportuno narrar uno de los casos más recientes, que deseo sirva de útil enseñanza á muchos jóvenes que duermen soñando siempre con aquel paraiso de felicidad, el cual

che vi sia ognun lo dice,
dove sia nessun lo sa.

Basta, pues, de preámbulos, y manos á la obra. El suceso que voy á referir es tan reciente, que, usando el *regenerado* lenguaje moderno, podremos llamarle *palpitante y de actualidad.*

II.

Trasládate con la imaginacion, caro lector, á una de las más amenas comarcas de Italia, y figúrate como por encanto en medio de una de las más pintorescas quintas que puedas imaginar, en una bella mañana de primavera. Está situada en una pequeña elevacion, cubierta de bos-

ques, y la rodean por el Mediodía tres cadenas de pequeñas montañas que compiten en verdor y lozanía. Entre el Poniente y el Septentrion se abre á la vista un fertilísimo valle, bañado por un tortuoso rio, que ora lame las faldas de los montecillos plantados de viñedo, ora las escarpadas rocas que de un lado y otro le estrechan y canalizan; por fin hácia el Levante se extiende la vista todo cuanto puede por un vastísimo horizonte, coronado á más de cincuenta millas de distancia por la cima de los Apeninos. Por todos lados, en el llano y en el monte, se ven quintas, pueblos y caseríos pintorescamente esparcidos.

El palacio, edificio al estilo del siglo XVIII, y modernizado hace veinte años con la elegante cúpula de su capilla pública, se divisa desde léjos entre un bosquecillo de pinos, fresnos y cipreses, como un tulipan sobre un campo de verdes mirtos. Elevadas matas de laurel cierran por uno y otro lado las calles que desde la puerta penetran en el jardin, el cual, al rededor del edificio, se ensancha y luce su hermosura; las fuentes, los canastillos, las glorietas y otros caprichosos cobertizos adornados con bancos de mármol, mesas rústicas y estátuas alegóricas, contribuyen á su mayor belleza.

Aquella mañana, además, el soplo de un suave céfiro, el olor de las flores, y el variado canto de los pajarillos, de tal modo alegraban aquella mansion, que te creye-

ras transportado á un pequeño Eden, morada de la felicidad y nido de la alegría.

III.

Y aún era más extraña y grata el aura de felicidad y alegría que se aspiraba en el interior y entre los afortunados moradores de aquella casa. Á la entrada de una gran sala en el piso del jardin y bajo un toldillo que resguardaba del aire y del sol, un padre, una madre y una graciosísima muchacha festejaban con muestras de ternura y de contento á un anciano de noble porte, que acababa de llegar y parecia loco de júbilo. Tan pronto apretaba entre sus manos las del padre, como, levantándose de su silla, hacía demostraciones de tierno cariño á la hija. «¡Mi buena Clementina! exclamaba con voz conmovida; ¡con cuánto gusto vuelvo á verte y abrazarte! ¡Si supieras cuánto he pensado en tí, y cuán contento estoy de haberte encontrado tan buena y alegre!» Á lo cual la jóven, colorada como la púrpura, respondía suavemente, dejando caer dos ardientes lágrimas sobre su cuello. «Ya sé, buen tio, que siempre me habeis querido mucho.» Y enjugándose los ojos repetia á media voz: «¡Qué corazon de oro tiene el tio Cárlos! ¡Un corazon de rey! siempre lo dije.» Y el padre no cabía en sí de gozo, sin poder proferir palabra por la emocion.

Este tio, que siempre habia querido

tanto á Clementina; este Cárlos, de corazon de rey, no era otro que el hermano mayor de D. Vicente, y el cuñado de doña Livia, padre y madre de la amable, virtuosa y gentil Clementina, único fruto que Dios había concedido á su union, y por lo tanto objeto predilecto de todo su cariño y de sus esperanzas. En ella se extinguía la casa de los dos hermanos, antigua é ilustre en aquel país, porque don Cárlos era viudo hacía algun tiempo, y sin hijos. Por esto á sus manos debía parar todo el patrimonio de ámbos, que reunido formaba una cantidad respetable.

Clementina tenía sólo diez y nueve años, y estaba próxima á enlazarse con una familia semejante á la suya por lo ilustre de su apellido y por sus riquezas; y, lo que aún es más importante, por completo igual en religion y piedad.

En resúmen: eran dos familias verdaderamente católicas, ó *clericales*, segun la actual jerga liberalesca, que de nuevo se emparentaban despues de cinco generaciones. Es decir, un tatarabuelo de D. Vicente se había casado con una hermana del tatarabuelo del padre del prometido, con el cual Clementina estaba próxima á unirse; y tampoco se sabía que ningun miembro de las dos casas hubiera degenerado de su reputacion y de su prosapia en el curso de estas generaciones.

Además, el prometido, llamado Alberto, era tambien hijo único; de manera que con la acumulacion de la herencia de

Clementina, venía á rivalizar en riqueza con los más opulentos de aquella provincia.

IV.

Sin embargo, es lo cierto que de la parte de Alberto había algo que decir. En su mocedad no había sido del todo intachable, ni había correspondido á la educacion recibida. Quién le acusaba de excesivamente ligero; quién le echaba en cara su facilidad en mezclarse con compañías peligrosas; malas lenguas le acusaban además de jugador; y otras, peores, tal vez por envidia ó mala voluntad, llegaban hasta calificarlo de algo disoluto y atolondrado, y compadecían á D. Felipe y D.ª Amalia, sus virtuosos padres.

Por desgracia algunas de estas voces no eran del todo infundadas, pues no hay humo sin fuego. Pero fuese lo que quiera del tiempo pasado, es verdad que Alberto había recobrado, hacía ya dos años, todo lo perdido, con su vida irreprensible un arreglo de costumbres digno de todo encomio. Esta mudanza precisamente se notó en él apénas empezó á querer á Clementina. Y que el haber puesto en ella los ojos y el corazon fuese de su parte efecto, no de mala pasion ó de calculado interés, sino de verdadera estima y afecto nacido del corazon, se probó con esto; pues él por su amor, y ántes que ni remotamente pensase en conseguirla, había

rehusado reiteradas veces un partido superior al suyo, al ménos en cuanto á opulencia y extraordinaria belleza. Por cierto que esto disgustó mucho á los llamados liberales de aquella comarca, por ser el partido de la familia abiertamente liberalesco y solemnemente ingrato al príncipe, que sin mérito alguno le habia dado favores: por lo cual deshacía la esperanza de cojer al jóven en las acostumbradas redes, por medio de uno de esos enlaces que se llaman *brillantes* y que tanto seducen á padres necios, á madres ambiciosas y á hijas inexpertas.

V.

Con motivo de los rumores desagradables que sobre Alberto corrían en los círculos más selectos de la ciudad, D. Vicente, y más que él su esposa, dudaron algo ántes de consentir á las primeras peticiones de la mano de Clementina.

¿Para qué disimularlo? D. Vicente, que habia hecho sutiles indagaciones, habia llegado á descubrir el pastel; es decir, que Alberto habia contraido el feísimo vicio del juego desde los diez y siete años, y cuando pidió la mano de Clementina tenía ya veinte y tres: que no jugaba en manera alguna con infames tahures ó jugadores de oficio; pero que, sin embargo, jugaba con varios amigos suyos de su posicion, los cuales no se avergonzaban de poner sobre el tapete buenos centenares;

que debía algunos miles de liras á un usurero judío, si bien se había visto pronto libre de esta deuda, gracias á un tio suyo que caritativamente le socorrió, á condicion empero de que asistiera á unos ejercicios espirituales que por entónces predicaba en la ciudad un celoso misionero.

Supo tambien D. Vicente que Alberto se había batido secretamente en desafío tres veces, siempre por querellas nacidas del maldito del juego; pero éstas eran locuras hechas casi por niñerías, cuando todavía era un muchacho imberbe, y lloradas y execradas por él con otros actos religiosos que indicaban la firmeza de su fé y la bondad de su corazon.

Por todo lo dicho, ántes de consentir su enlace con Clementina, y despues de maduro exámen, púso por condicion que Alberto habia de estar un año entero sin tocar naipes ni dados. El jóven lo juró, asegurando que hacía ya seis meses que no había mirado pieza alguna de juego, primeramente por deber de conciencia, y despues por amor á Clementina, de la cual no se reputaba digno, si no olvidaba todo hábito vicioso. Y como lo prometió, lo cumplió. Por lo cual, al cabo de doce meses, D. Vicente dió su formal consentimiento, aplazándose la boda para la próxima primavera.

Su esposa, por el contrario, preocupada con las locuras juveniles de Alberto (y no las conocía todas), se habia opuesto viva-

mente á esta determinacion; y no habiendo podido vencer el ánimo de su marido, hizo cuanto pudo para que al ménos se duplicase el término de la prueba. «¡Calma! ¡calma! solía decir; San Francisco de Sales advierte que el matrimonio es una Orden, en la cual se hace primero la profesion y despues el noviciado; pero que si el noviciado se hiciera ántes de la profesion, muchos se retirarían de él. Y ya que tenemos la oportunidad, ¿por qué no exigir de Alberto un noviciado preparatorio? Dos años de penitencia y de prueba para un convertido no es mucho esperar. Por Dios, no nos precipitemos, no sea que Clementina tenga que sufrir las consecuencias.»

Pero habiendo recurrido en confidencia al parecer de personas entendidas y últimamante al del tio Cárlos para que sentenciase como árbitro, había obtenido por respuesta, tanto de aquellas como de éste, que bastaba un año si se vigilaba el comportamiento de Alberto.

VI.

El tio Cárlos hacía ya siete años que vivía fuera de Italia, lo más frecuentemente en Suiza, ó bien viajando por Europa, y se había aficionado á este género de vida por el aborrecimiento con que miraba todo lo que en Italia sucedía desde el triunfo de sus nuevos amos. Pasa de los cincuenta, está cortado á la antigua, de

pensar rectísimo é inflexible, cristiano viejo y tan amante del Papa, que le ofrece anualmente como tributo de devocion la décima parte de sus rentas. Aficionadísimo á las buenas letras y bellas artes, vive de libros y de pinturas y proyectos en que maravillosamente se recrea.

Desde que era pequeña, tuvo para Clementina una ternura particular; y habiéndosele muerto despues su esposa, adoptó por hija á aquella niña, en el caso que su hermano hubiese tenido más descendencia: pero, aunque así no fuese, no disminuyó en un átomo su cariño hácia su sobrina, y su solicitud para que fuese educada como una delicadísima planta de jardin. Y á la verdad, eran tan bellas las cualidades de esta muchacha, y tanto había ganado en todos sentidos, que el afecto de su tio hácia ella rayaba en locura.

De ahí puede calcularse si su enlace le interesaría, y cuánto hubiera sufrido á encontrarse fuera del país en la ocasion en que la boda se iba á celebrar. Por esto á toda prisa había vuelto á Italia, llegando á la quinta de su hermano aquel dia, que era Mártes.

Por razon de los tiempos se había determinado no hacer fiestas ostentosas ni grandes convites, sino casi en privado, circunscribiendo las invitaciones á las más necesarias. La tarde de aquel mismo dia esperaban á Alberto y sus padres, quienes pernoctarían en una quinta inmediata, en donde tendrían el almuerzo

de familia. El Juéves se haría la escritura del contrato matrimonial, y el Domingo por la mañana tendría lugar la solemne bendicion nupcial en la capilla pública; despues de lo cual vendría el Síndico del pueblo inmediato para la formalidad del llamado matrimonio civil. En seguida los esposos saldrian para una bellísima quinta de D. Felipe, distante diez y ocho millas.

Tal era el proyecto, ó, como suele decirse, el programa, discutido, establecido y acordado por ámbas partes; y conforme á él, ya se habían hecho las debidas publicaciones en la iglesia y á la puerta de la Sindicatura; estaban elegidos los testigos, enviadas las invitaciones, citado un canónigo primo de Alberto para bendecir la boda, y llevados á buen término todos los preparativos. Ya el oratorio se engalanaba con pomposa elegancia; ya venían de diferentes lugares hermosos regalos para la esposa y cartas de felicitacion: y en el pueblo no se hablaba de otra cosa que de la magnífica boda del próximo Domingo.

De todas estas particularidades, sucedidas más pronto que narradas, deduzca el lector cuánta razon tendrían, humanamente hablando, aquellos excelentes señores para estar contentos y como, á la verdad, parecía haberse anidado la felicidad en el seno de aquella venturosa familia.

VII.

Cuando los ánimos se hubieron desahogado con las recíprocas demostraciones del primer encuentro y con la acogida cariñosa al tio Cárlos, y despues de haber tomado juntos el café, D.ª Libia mandó á su hija que pusiese en órden la última caja de sus galas, reunidas la noche anterior, en la sala donde todo se habia expuesto ordenadamente, con las joyas y regalos recibidos, para que el tio pudiera ver por completo aquella variadísima coleccion.

—¿Qué te parece Clementina? preguntó la madre así que la hija se huho marchado.

—¡Oh! ¡bella, linda y graciosa como un ángel!

—¿Y estás tambien satisfecho de su matrimonio?

—Sí; y espero en Dios que lo ha de bendecir.

—Alberto me parece un jóven que cuidará más de Clementina que de la mitad de su corazon.

—¿Quién lo duda? dijo el padre; si no estuviera seguro de ello, jamás le hubiera dado tan gran tesoro.

—Así tambien lo espero, añadió la madre exhalando un profundo suspiro. Pero.... ¿qué quereis? no puedo ocultaros que estoy algun tanto intranquila. Alberto tiene bellísimas cualidades; cnanto más

le he conocido, más me ha cautivado el corazon. Tiene firmes y arraigados sentimientos de religion; un buen sentido admirable; ama á Clementina con amor sublime; le amo ya tanto, que le miro como hijo; tiene, por otra parte, una naturaleza privilegiada. Sí.... todo es verdad, pero....

—¿Pero qué? la interrumpió D. Cárlos con una sonrisa de curiosidad.

—Pero temo siempre. Bien sabeis que quien ama teme.

—Ya, ya: *res est sollicite plena timoris amor*, dijo D. Cárlos volviéndose al padre.

—Temo que, segun el proverbio, *venza en él la costumbre á la naturaleza*. Ese maldito vicio del juego....

—¡Oh, mujer! le dijo dulcemente su marido cortándole la palabra; ¡siempre lo mismo!

—¡Ah! no sois madres. Vosotros los padres no sabeis concebir ciertos temores, porque el amor en vosotros no prevé todo como en nosotras. No creais que deje de apreciar el buen deseo de Alberto. Pero, en suma; si se hubiera mantenido ileso del mundo, como salió de las manos de los que le educaron, le daría mi Clementina con doble tranquilidad de la que ahora se la doy, aunque haya cambiado.

En esto volvió Clementina y cortó la conversacion. Díjole algo al oido su madre; obtuvo una corta respuesta en el mismo tono; volvió á saludar al tio, y desapareció.

VIII.

—¡Pobre hija! es dócil como un cordero, exclamó su madre enternecida. Te puedo asegurar, querido Cárlos, y hasta lo juraría, que esta hija no me ha dado nunca una sombra de disgusto. Ni cuando era pequeñita, y yo me impacientaba por mis cavilaciones, me dió motivo de pena. Todos cuantos la han conocido, me han dicho siempre que es un ángel de bondad, y por mucho tiempo he creido que el Señor me la quería tomar para esposa suya. Por esto hubiera deseado que, teniéndose que unir á un jóven, Dios se lo hubiese proporcionado inocente.

—Pues yo, si bien hubiera tenido eso como una gracia especial del cielo, no deploro en manera alguna que le toque un convertido ó un penitente, como tú le llamas. Así se persuadirá mejor Clementina que no debe estar en casa de su marido como un jilguero, sino permanecer á su lado para conservarlo bueno y confirmarlo en la santa perseverancia. Esta es, á mi ver, una de las *misiones* principales de la esposa cristiana, mucho más en nuestros tiempos.

—Soy del mismo parecer, añadió Don Cárlos.

—Yo tambien lo admito, dijo la madre; y ojalá Clementina tuviese carácter para eso; pero lo dudo.

—¿Y por qué? preguntó el padre.

—Te lo he repetido mil veces: porque es demasiado dulce de corazon y blanda de carácter. Me parece imposible que haya de tener fuerzas para dirigir á un muchacho del temple de Alberto y que ya ha hecho sus diabluras.

—Las fuerzas Dios se las dará con la gracia del Sacramento que ha de recibir el Domingo. Aquella es gracia de estado, y por consiguiente te engañas, Libia mia. Por otra parte, he oido á Clementina discutir con Alberto y echarle algunos sermones con tal calor y vigorosa facundia, que dejaba á su contrincante como una estátua. ¡Oh! Clementina tiene en sus venas nuestra sangre, que á Dios gracias no es de horchata.

—¡Ay! ¡Jesus y su santa Madre hagan que me engañe!

—En una madre como tú son muy excusables tales temores, dijo D. Cárlos.

—Hasta cierto punto, replicó el padre; pues ya hace un año que peleo por quitárselas, y no con niñerías, sino con buenas razones, y ella siempre encastillándose en su proverbio de que *la costumbre vence á la naturaleza*, como si las verdaderas conversiones no fueran cosas de estos tiempos. ¡Medrados estaríamos!

—No digo esto, respondió su mujer con impaciencia; solo digo que me encontraría más contenta y serena si.... Por lo demás, tengo una fé suma en la gracia del Sacra-

mento y en tanto como se ha rogado por este matrimonio.

—Yo por mi parte opino que esta palomita sabrá tener á raya á Alberto y guiarlo con un hilo de seda; ya verás. Nunca he conocido un enamorado como Alberto, y estoy seguro que ama de veras á nuestra Clementina. Cuando me la pidió por primera vez, él mismo, despues de oir que yo empezaba á tomar disposiciones para que la situacion se aclarase, echóseme á los piés llorando á lágrima viva, y protestó que si para merecer la mano de Clementina fuese necesario hacer lo que Jacob para obtener á Raquel, lo haria: que por ella se arrojaria á un pozo y se haría descuartizar. ¿Creeréis que varias veces me ha confesado que espera salvar su alma por las intercesiones de nuestra hija, y que cuando reza ofrece á Dios sus méritos y su inocencia para obtener más fácilmente misericordia? Créeme, Cárlos, no hay en el mundo más que un corazon que sea digno de poseer el de Clementina, y es el corazon de Alberto.

En esto volvió á entrar Clementina anunciando que todo estaba ya ordenado y se podian visitar los regalos de boda cuando gustasen.

—Hija, exclamó el tio con cierto tonillo, ¿sabes que no hemos hecho más que hablar de tí y de Alberto?

Clementina se sonrojó, miró con ojos maliciosos al padre y á la madre, y fijándolos en su tio, le dijo entre séria y burlona:

—Lo creo: cuando se habla de Alberto delante de mamá, siempre se ha de oir la cantinela de que *la costumbre vence á la naturaleza*.

—¡Ah, picarilla! dijo la madre, dándola una palmada cariñosa.

D. Vicente y el tio Cárlos soltaron la carcajada, y en seguida se levantaron para pasar á la sala preparada.

IX.

Los regalos de boda eran abundantes, ricos y variados en trajes, telas, encajes y otros dijes del sexo femenino. Sin embargo, las joyas formaban la parte más preciosa y digna de observacion. Entre las joyas de familia, de las cuales el padre y la madre hacian desde entonces donacion á su hija por cláusula expresa de escritura matrimonial, sobresalia un suntuosísimo aderezo de gruesas perlas, ofrecido por el futuro esposo; una diadema de brillantes rubíes y un collar de topacios regalado por los padres de él; digno todo de admiracion por la belleza de las facetas, la pureza de las aguas, y la finura del trabajo.

El tio Cárlos examinó atentamente y admiró cada una de aquellas joyas, informándose de su orígen, y volviéndose á Clementina le dijo:

—Magnífico; pero aquí falta algo.

—No, tio, todo está aquí.

—Te digo que falta un regalo, y es el mio.

Y al decir esto mandó le trajeran de su cuarto una bolsa de piel, de la cual sacó un elegante estuche de terciopelo azul celeste, que entregó á Clementina diciendo:

—Aquí tienes lo que faltaba.

Clementina tomó el estuche, y abriéndolo con mano trémula.

—¡Qué hermoso, tio!— esclamó contemplando los magníficos pendientes y alfiler de pecho, de brillantes y esmeraldas del Perú.—¡Cuán bueno es V. para mí!

Pero no fué esto solo. Sacando de la bolsa un cofrecito de marfil miniado, D. Cárlos dijo amorosamente:

—El estuche es el regalo que hago á Clementina como esposa; este otro es el regalo que el tio hace á Clementina, su sobrina.

Y se lo puso entre las manos. Abierto el cofrecillo, encontró en él un elegantísimo portamonedas de piel azul celeste con la cifra de su tio bordada en oro y perlas. Llevada de la curiosidad lo abre, y ¿qué vé? doce billetes de Banco de Francia de mil francos cada uno.

—¡Oh! ¡eso es demasiado! exclamó toda confusa: ¿qué quiere V. que haga con tanto dinero?

—¡Ah! Cárlos, exclamó su hermano abrazándole con efusion: es verdaderamente demasiado.

—¡Qué corazon! ¡qué generosidad! exclamó la madre: Cárlos siempre ha estado loco por nuestra hija.

—Sí; os aseguro que no hay oro ni pie-

dras preciosas que puedan equivaler al afecto que tengo á este único ángel de nuestra casa.

X.

Poco antes de la hora del almuerzo, D. Cárlos estaba en el jardin, sentado á la sombra y leyendo un periódico, cuando de repente fué interrumpido por la venida de su sobrina, que saludándole dijo:

—Tio, le he estado buscando por toda la casa.

—¿Y qué querías?

—Quería decirle que no encuentro términos con que agradecerle su bondad. Mamá me ha reñido porque no había mostrado bastante mi reconocimiento; pero yo no sé cómo hacerlo: sería preciso que pudiera V. leer en mi corazon.

—¡Oh! no hagas caso de esas ceremonias.

—No, tio, no son ceremonias.

—Lo sé, pues eres ingénua. Me encantan tus agradecimientos, y les doy el valor que se merecen. Ahora siéntate aquí un poco, y hablemos sin embozo. Dime, ¿te casas con Alberto verdaderamente gustosa?

—Gustosísima.

—¿Por tu plena y expontánea eleccion?

—Sí, tio; pero, ¿por qué me hace estas preguntas?

—Porque quiero tu bien, y sería muy doloroso si así no fuese.

—En cuanto á esto, viva V. tranquilo; me caso con Alberto porque le quiero. He rezado tanto, tanto ántes de decidirme, que me parece estar cierta que él es el que Dios me tiene destinado. ¡Es tan bueno!

—Sin embargo, no siempre lo ha sido tanto como ahora.

—¿Y qué importa? Hace más de año y medio que Alberto no comete, segun creo, ni un pecado venial.

¿Habrase visto? exclamó Cárlos riendo; ¿acaso se confiesa contigo?

—Se rie V., tio, porque no le conoce. Pero le aseguro que desde que Alberto recibió de papá la promesa de casamiento con tal que viviese un año entero como un perfecto cristiano, Alberto fué otro. Se retiró cinco dias á un Convento para hacer confesion general; y desde entónces es tan temeroso de Dios, que quisiera yo ser como él. En la ceremonia de los esponsales, que fué el dia de la Purificacion, despues de haber comulgado en el altar de la Vírgen, y ántes de darme esta hermosa sortija, hubiera visto V. con qué humildad pedía perdon de su pasado á sus padres, á papá y á mí, en términos que no podíamos contener las lágrimas. Y cosas como estas no las hace uno que no sea bueno, y muy bueno.

—Lo que dices me consuela en extremo. ¿Y profesa adhesion y amor al Papa?

¡Oh, por supuesto!

—Para mí es esta hoy la piedra de toque para distinguir la falsa religiosidad de la verdadera. Como el Soberano Pontífice es

el centro de toda la guerra que se hace á Dios por las sectas, por esto el centro del celo práctico y de la fé operativa de los católicos de hecho y no de nombre, debe ser el Papa, y el Papa-Rey. ¿Entiendes lo que digo? No sé qué hacer de una piedad y de un catolicismo sin amor al Vicario de Jesucristo.

—Le aseguro que Alberto, en cuanto á esto, tiene todos los sentimientos hereditarios de su familia y de la nuestra. Cuando cumplió diez y ocho años hizo muchas instancias para ir á Roma y hacerse zuavo pontificio; y si no hubiese sido por el médico, que le juzgó demasiado delicado de complexion, el mismo D. Felipe lo hubiera llevado.

—Siento que no lo llevara. ¡Cuál hubiera sido mi alegría al ver hoy á mi Clementina esposa de uno que hubiese sido zuavo del Papa!

—No fué posible. Pero ahora, con ocasion de nuestro matrimónio, hemos hecho juntos una oblacion al Dinero de San Pedro; y el Papa, por medio de Mons. Luigi, nos ha enviado una preciosa medalla con su especial bendicion.

—¡Muy bien! Ahora estimo á Alberto el doble que ántes. Esta tarde le daré mi parabien.

—¡Cuánto deseo que llegue! ¡Porque anhela tanto conocer á V.! No puede figurarse cuánto hemos hablado de V.

D. Cárlos se rió, y levantándose se dirigieron á la casa, pues era la hora del almuerzo.

XI.

Cerca del medio dia estaban todos reunidos á la sombra del toldillo, esperando las cartas y los periódicos que del inmediato pueblo, situado junto á la línea del ferrocarril, solían traer á aquella hora.

D. Cárlos tenía los ojos húmedos y el corazon enternecido, porque, despues del almuerzo, su cuñado le había referido á solas que Clementina se había propuesto hacer el primer gasto de los doce mil francos que él le había regalado en una obra de caridad, para atraer las bendiciones del cielo sobre su casamiento. Para esto había resuelto dividir uno de aquellos billetes de mil francos entre dos virtuosas hermanas, pobres y huérfanas, que le eran muy queridas, una de las cuales no podía hacerse monja, aunque tenía gran vocacion, y la otra no podía casarse con un buen muchacho que la había pedido, porque ámbas eran pobrísimas. Su relacion tanto había conmovido y edificado á D. Cárlos, que no pudo contener sus lágrimas. Comenzaron luégo á tratar de la manera con que habían de ir más tarde á recibir en los carruajes al futuro esposo y á sus padres, que debían llegar á la estacion en el tren de las cinco, y sobre el modo de pasar la tarde y noche.

Se habló de hacer oir al tio, que era muy aficionado á la música, várias piezas á cuatro manos que los dos esposos ejecutarían

en el piano; y le rogaron las eligiese entre las que Clementina le iba indicando. Despues hojearon los cuadernos de dos preciosas romanzas, tituladas *La flor de azahar* y *La rosa blanca,* dedicadas á los esposos, cuya versificacion había sido compuesta por el profesor de literatura de Clementina, y cuya música había sido arreglada por un célebre profesor, las cuales se cantarían por la noche, acompañando D.ª Libia las voces con el susodicho instrumento.

XII.

Por fin llegó el cartero. Entre las cartas y periódicos, D. Vicente descubrió un telegrama que con alguna sorpresa se apresuró á abrir.

—¡Qué noticia! exclamó despues de leerlo. Oid lo que me telegrafía D. Felipe: «Razones independientes de nuestra voluntad nos impiden venir esta tarde.»

Una exclamacion de doloroso estupor salió de la boca de los presentes. Clementina se puso de mil colores, y despues de un instante, á pesar suyo, comenzó á derramar lágrimas, que en vano trataba de ocultar.

Muchas interpretaciones se dieron á aquel telegrama tan lacónico y oscuro. La imaginacion de la pobre Clementina tenía ancho campo para extenderse: de una suposicion pasaba á otra; se había puesto triste, pálida, taciturna y casi fuera de sí.

Su tio, compadecido de ella, propuso que por el telégrafo se pidiera una respuesta más clara á D. Felipe.

—Si á V. le parece bien, dijo Clementina á su padre con exaltacion, iremos pronto al telégrafo el tio Cárlos y yo, y estaremos allí hasta que llegue otro telegrama.

D. Vicente no lo aprobó. Se resolvió en su lugar que fuese un criado á llevar el telegrama, y esperase la respuesta.

Dieron las dos, las tres, las cuatro, y el criado no volvía; y, sin embargo, el pueblo no distaba sino doce millas. ¡Qué angustia! Aquellas horas parecian siglos. A las cuatro se envió otro de la casa con un telegrama más expresivo, y D. Vicente consintió en que Clementina añadiese uno suyo, apremiante, para Alberto.

Para concluir. Dieron las diez, y los dos emisarios volvieron con las manos vacías.

Este inexplicable silencio confundió á todos; pero, sobre todo, á Clementina, que descolorida, agitada y presa de mil temores, no podía aquietarse á pesar de las esperanzas que trataba de darle su tio.

—Tengo un triste presentimiento, decía; el corazon me dice que aquella «razon independiente de la voluntad» debe ser una triste razon.

¡Que cambio de escena en pocas horas! Por la mañana aquella casa parecia la mision de la felicidad y de la alegría; por la tarde, se la hubiera creido la morada del desasosiego y la turbacion.

Poco antes de las once se oyó el ruido de

un caballo que llegaba al galope. Era un hombre que traia un telegrama.

—¡Oh! ¡Al fin! gritaron todos á una voz.

Roto el sobre, D. Vicente leyó: »Tren de media noche conde Paolo llegará á esa estacion.—*Felipe.*«

—¿Qué significa esto? ¿Por qué no viene él? ¡Dios mio! ¿habrá ocurrido alguna desgracia?—dijo deshecha en llanto la pobre Clementina, y casi sin sentido se dejó caer en los brazos de su madre.

XIII.

El concepto que de Alberto tenian formado tanto Clementina como sus padres, lo sabe ya el lector. Sin embargo, todo aquello que en él relucia no era oro de muchos quilates. Lo extremado del afecto, como á menudo sucede, ofuscaba un poco la razon, no sólo de Clementina, que esto fácilmente se comprende, sino áun de sus precavidos padres.

Reunia ciertamente las bellas cualidades, el buen natural y los sentimientos de religiosidad que tanto se admiraban en casa de D. Vicente; y amaba realmente á Clementina con un ardor y elevacion de sentimiento que tenian mucho de poético y caballeresco. Pero las virtudes y excelencias del ánimo no dejaban de ir acompañadas de algunos defectos ó excesos que en un jóven de su condicion y de su temperamento de corazon podian ser en extremo peligrosos.

Por natural disposicion, no siempre corregida ó enfrenada, era, entre otras cosas, fogosísimo, y al mismo tiempo de una audacia extremada. Por otra parte, fuese arte ó fuese facilidad de maneras, sabia dar tan buen colorido á estos malignos movimientos, que la impetuosidad tomaba en él forma de chispeante viveza, y la temeridad de noble arrojo. Pero por más que á sí propio los ocultase, y á los otros los embelleciese, siempre eran defectos que podian traer un dia ú otro lamentables consecuencias.

Los duelos y la pasion por el juego, para no hablar de la desmedida aficion á caballos indómitos y arriesgada cacería, habian sido frutos espontáneos. Nunca habia jugado, á la verdad, por avidez de ganancia, sino por deseo de probar fortuna, como él decía, y superar el inmenso caudal de pérdidas, que veia aumentaban sus compañeros de partida. Por esto le habia ocurrido un caso en que, jugando con un caballero ruso, habia hecho de una sola vez una puesta de diez mil francos, vencida y perdida siete veces; hasta que tuvo la suerte de asegurarla definitivamente entre los ruidosos aplausos de los presentes, que admiraban su pertinacia y sangre fria.

XIV.

Esta inclinacion á buscar en las aventuras el peligro por el gusto de vencerlo,

le habia estimulado á hacer una especie de transaccion entre su genio vicioso y su conciencia, en nada conforme á la lealtad y á los compromisos contraidos con Dios y con el padre de Clementina.

Alberto habia prometido y jurado á don Vicente que no tocaría jamás un naipe, ni se comprometeria en ningun juego de azar. Pero, no obstante esto, se hizo creer á sí mismo (y siempre siguió creyéndolo de buena fe), que esto no le impedia hacer apuestas sobre el juego de algun otro, en tanto que él directamente no entraba en la partida, ni tocaba una sola carta.

Esta interpretacion materialísima de una obligacion tan sagrada, contraida por sí libremente, mostraba superabundantemente el gran dominio que en él ejércia la pasion, y cuánta verdad es que basta acariciar una pequeña pasion para debilitar la buena voluntad y cegar el entendimiento, por perspicaz que lo tenga el que de ella se deja poseer.

Por esto, en el secreto de una salida interior de un amigo suyo, para que no llegase á oidos de D. Vicente ni de las demás personas interesadas, Alberto siguió alimentando su pasion por tentar la fortuna con juegos de suerte que él se ingeniaba en hacer aparecer á sus ojos, no como tales juegos, sino como sencillos y honestos pasatiempos.

Cuando despues le remordia la conciencia y le venian escrúpulos por este modo de proceder, tan contrario á su juramento,

entonces se acordaba de los saludables consejos que le diera el confesor para combatir sus escrúpulos, y se alegraba pensando que nunca arriesgaba en cada jugada más de cinco *liras,* ¡una bagatela! Que Dios quiere que se le sirva con alegría: que san Pablo enseña que áun los más indiferentes solaces se deben dirigir á mayor gloria de Dios, y que no podía ser la intencion de D. Vicente prohibirle se divirtiera sin daño, sin escándalo y sin sombra de peligro; tanto más, cuanto que empleaba en obras de misericordia todo lo que en tales juegos ganaba. Esto le tranquilizaba, y áun casi se envanecia de ser jugador en beneficio de los pobres, faltando poco para que considerase como apostolado de caridad la satisfaccion de sus malas inclinaciones. ¡Ah! ¡Si D.ª Libia hubiese descubierto estas debilidades de su penitente novicio! ¡Con cuánta elocuencia hubiera hecho resonar su proverbio, *que la costumbre vence á la naturaleza!*

Pero Alberto fué muy cauto; supo tan bien conciliarlo todo, complacerse á sí propio y á los demás de tal manera, que se vió dueño de la mano de Clementina, y canonizado, por añadidura, por el padre y la madre, sin haber hecho milagros, ni ser un héroe de virtud.

XV.

Así las cosas, ocurrió á Alberto, en una

de sus últimas visitas á Clementina, que le gustarían ciertos muebles de moda y cortinajes para su futura habitacion. Bastó esta conjetura, cogida al vuelo, para que el jóven, en su afan de adivinar todos los pensamientos de Clementina, determinara comprar dichos muebles, no tan sólo para el gabinete de su habitacion en la ciudad, sino para la quinta en que despues de desposados habían de pasar el primer mes de la luna de miel. Con este objeto pensó marchar al siguiente dia, que era Viérnes, á Milan, en donde podría escojer cuanto le pareciese del gusto de Clementina. El padre de Alberto se alegró de ello, y sin que nadie más lo supiese, á la tarde siguiente estaba ya en la capital de Lombardía.

Aunque Milan dista unas ocho horas del pueblo de Alberto por ferro-carril, sin embargo, hacía cosa de dos años solía ir con frecuencia, tanto porque allí tenía parientes y amigos, como porque le gustaba en extremo. Pero no todos aquellos parientes y amigos eran de su modo de pensar y dignos de que los tratase con amistosa familiaridad. Sobre todo, tenia entre ellos un primo llamado Alejandro, al cual su padre D. Felipe le habia recomendado que no se acercase, por su vida disipada, su impiedad y su pasion por el juego, en el que habia disipado todo su patrimonio. Esto no obstante, tenia Alberto á este primo tal simpatía, que le costaba trabajo esquivarlo y huir de él como debiera.

Tuvo la mala suerte de que no bien hubo llegado se encontró con él, y apenas supo el objeto de su rapidísima visita á la ciudad, se le ofreció cortesmente como auxiliar, asegurándole que se consideraria venturoso si aceptaba su concurso. Alberto aceptó incautamente; y no era aún el medio dia del sábado cuando con plena satisfaccion habia ya escogido y contratado los muebles y adornos objeto de su viaje, y dado las órdenes oportunas para que prontamente con los debidos cuidados se enviasen á su pueblo. De todo esto quedó agradecidísimo al primo. y por humano respeto no creyó poder negarle que pasaria con él la noche en un lugar de su reunion, ó sea en un *club* de los mas elegantes de Milán.

Era esta una condescendencia ligera é imprudente, puesto que habia dado palabra á su señor padre que la mañana del domingo estaria de vuelta, presumiendo, por otra parte, que Alejandro no le podria llevar á otra parte que á sitios de mala fama y entre pésimas compañías.

Poco despues tuvo remordimientos de haberse dejado coger por aquella promesa; se arrepintió de ella y trató de retroceder con la excusa de que le convenia ponerse en camino aquella misma noche. Pero algunas palabras de su primo bastaron para hacerle desistir de su buen pensamiento: cedió, renovó su promesa de cita, y, peor que antes, se encontró doblemente ligado en aquel resbaladero.

XVI.

Un jugador de profesion como Alejandro ¿á dónde podria llevar consigo á un jóven como Alberto, sino á una maldita casa de juego? Y así fué.

Apenas Alberto hubo puesto el pié en aquellos salones perfumados de tabaco, cayó en la cuenta, se asustó y tembló; pero por respetos humanos habia caido en el lazo, y tambien por los mismos respetos determinó quedarse.

A las presentaciones de costumbre que de él hizo el primo á los asistentes, siguieron invitaciones y ruegos para que tomase parte en alguna partida. Alberto rehusó con firmeza, presentando razones que al principio le parecieron buenas. Sin embargo, á las instancias sucedieron otras; y Alberto, para no parecer tímido ó descortés, se puso, no á jugar, que queria estar limpio de este perjurio contra Dios, con su esposa y con sus futuros suegros, sino á hacer apuestas, aceptando las puestas que otros señalaban, con tal que no excedieran de cinco *liras* cada una; pues hallándose de paso, decia, no traía, gruesas sumas, y le disgustaban las deudas de cualquier género, sobre todo las producidas por el juego.

Por algun rato le favoreció la suerte, y vencia y acumulaba con envidiada prosperidad. Pero la fortuna le hizo más audaz, y alterado con aquella atmósfera y

las bebidas espirituosas que se servian, y mucho más excitado aun por las solicitaciones aduladoras, si bien contrariando su conciencia, trató de responder á puestas mayores, triplicándolas, quintuplicándolas y hasta centuplicándolas, siempre felizmente: de tal modo, que antes de media noche habia ganado algunos miles.

Entonces mirando el reloj trató de retirarse, porque le era preciso tomar el tren de madrugada, y estaba rendido de cansancio. Los que habian perdido se opusieron, y pretendieron que por caballerosidad siguiera todavia un rato. Mal de su grado, Alberto bajó la cabeza. Parecia ciertamente que aquella noche le habia favorecido la fortuna. Al poco rato habia cuadruplicado las ganancias, y tenia en sus manos diez y seis mil *liras*. Volvió á suplicar que cesara el juego, y su primo Alejandro apoyó su peticion, que fué admitida por casi todos como conveniente y justa.

Pero el desgraciado que habia perdido con él la última puesta de tres mil liras, se levantó furioso y declaró que si Alberto no renovaba la apuesta era un cobarde. Con esto comenzaron á irritarse los ánimos. Alberto, fuerte con su derecho y con el favor de los más, por hacer paces, ofreció con noble generosidad al que habia perdído la mitad de la última puesta ganada, y se obligó á poner la otra mitad en la caja de una colecta pública que en aquellos dias se hacia para los que habian

sufrido daños á causa de un gran incendio.

Los presentes aplaudieron la inesperada oferta; pero el perjudicado, enfureciéndose cada vez más y creyéndose ofendido, injurió solemnemente á Alberto y lo provocó á un duelo.

¡Oh Dios, qué golpe sufrió el corazon del pobre jóven! ¿Cómo responder á un desafio de aquella especie tan infame, tan contrario á la religiosidad, y justamente en el momento de ir á tomar por esposa á Clementina? ¿Con qué ánimo imploraria sobre su matrimonio las bendiciones de la Iglesia, despues de haber merecido y despreciado poco antes las maldiciones? El infeliz se habia puesto de mil colores; se mordia los labios; se pasaba la mano por la frente; un sudor frio le cubria todo el cuerpo, desvariaba, y casi inmóvil fijaba su vista, ya en uno, ya en otro de los circunstantes, que le animaban, y más que ninguno Alejandro, á recoger el guante y hacer pagar á aquel fanfarron sus villanías atrevesándole de una estocada. Era éste un mulato mejicano, educado entre gente de mala fama, gran aventurero, de baja estatura, seco, musculoso, de semblante brusco y de ojos chispeantes y airados. Habia pertenecido á las milicias regulares á irregulares del reino de Italia; despues habia sido sucesivamente comisionista, empleado en telégrafos, secretario privado de un hombre de nota en la situacion dominante, y ahora se hacia el

señorito y el calavera en los garitos y círculos de ricos disolutos.

Nuestro jóven, conteniendo apenas la ira que le hervia en el pecho, pero dueño aún de sí, permanecia silencioso y pensativo entre aquellas perversas vociferaciones, como quien está en lucha consigo mismo, cuando de repente el provocador, animado por su silencio, se acercó á echarle en cara un atajo de vituperios. Al oir esto, no pudo contenerse por más tiempo. Ciego por la cólera, se puso á decirle echando espuma:

—¿Yo ensuciarme las manos en la sangre de un animal como tú? ¿yo aceptar un lance con un indecente de tu calaña? Hé aquí lo que mereces.

Y adelantándose, le descargó dos fuertes puñetazos en la barba, y cogiéndole por el cuello le iba á echar por tierra, cuando el otro, sacando con ligereza un estoque que llevaba escondido, le dió un acertadísimo golpe entre dos costillas cerca del corazon. Alejandro corrió como un rayo entre los dos contendientes; trató de agarrar al agresor, pero pudo escurrirse y huir mientras sus compañeros apartaban á Alberto que gritaba:

—¡Al asesino!

Así terminó la contienda; así acabaron los recreos nocturnos en aquella *elegante* sociedad.

XVII

La Providencia de Dios quiso que la punta del estoque tropezara en un boton de oro de la camisa de Alberto, y que penetrara poco en lo vivo de la carne; de otro modo, hubiera quedado muerto en el acto. Pero el golpe violento y torcedura estudiada que dió á la hoja aquel desalmado en el acto de retirarla, causaron al jóven tal herida, que un cirujano, llamado precipitadamente al sitio hácia las dos de la madrugada, la juzgó más grave de lo que parecía, por lo cual le exhortó á que se acostara y se pusiese en cura con toda solicitud y diligencia.

Pero no fué posible hacerle estar en la cama y cuidarse más que el Domingo. Por una parte temía que la policía, informada del hecho, fuese á molestarle; por otra le apremiaba el deseo de volver á su casa para prevenir los siniestros efectos de su mala partida, poner en salvo su honor, que peligraba, y tranquilizar á sus padres, á su novia, parientes y amigos. Se hacía hasta la ilusion de poder disimular el suceso, y celebrar alegremente á los ocho dias las suspiradas bodas. Por lo cual, olvidados los consejos del médico y los ruegos de su primo, que le suplicaba no se arriesgase tan pronto al viaje, la mañana del Lúnes, muy temprano, tomó el tren, y se encaminó hácia su casa.

Estaba pálido, y le molestaba un agudo

dolor en el pecho, que, segun el tren avanzaba, cobraba mayor intensidad. Ya habia imaginado la manera de referir la historia de aquel desgraciado encuentro. Un asesino le habia acometido de noche con un puñal: él se habia defendido valerosamente; pero en el calor de la lucha le habia hecho un rasguño. ¿Quién se negaria á darle fé? ¿Quién podria contradecirle? Tanto más que Alejandro le habia dado palabra de guardar silencio, y que á los gacetilleros de periódicos se les taparia la boca con oro; para cuyo fin Alberto le habia dado una fuerte suma y carta blanca si necesitara cubrir más gastos. Con tales pensamientos se esforzaba en asegurarse él mismo, y despreciar el agudo dolor que incesantemente le martirizaba.

A medio camino, sin embargo, sintió crecer la fiebre, y lo que era peor, tuvo algunos esputos sanguinolentos que le asustaron y debilitaron. No obstante, creyó poder bajar solo á la estacion, tomar un coche, y entrar por su pié en su casa.

XVIII.

Á su llegada se contentó con exponer sumariamente á sus padres, aterrorizados, la fábula del asalto nocturno, añadiendo que tenia un poco de calentura y sentia dolorido todo el pecho y la espalda, por lo cual tenia necesidad de reposo. Pero ántes de echarse en la cama escribió

con un lápiz en una tarjeta, bajo su nombre y apellido, las siguientes palabras:

«Víctima de un infame atentado en Milan, en donde he estado dos dias, y vuelto prontamente, me apresuro á saludar cariñosamente á D. Vicente, á D.ª Libia y á Clementina, y pedirles una solícita visita, pues por ahora debo quedar en cama. —Lúnes á medio dia.»

Metida la tarjeta en un sobre, y puestas las señas del padre de Clementina, mandó que inmediatamente se llevase á su destino y en seguida se acostó.

Muy léjos estaba de sospechar que poco despues habia de pasar por una crisis tan terrible, que tres médicos llamados á consulta manifestaron unánimemente que desconfiaban de su vida. Los síntomas no podian ser peores.

Por la tarde, miéntras el cirujano, descubriéndole la herida, la examinaba con cuidado, cayó Alberto en un desmayo, seguido de dos bocanadas de sangre negra é inflamada, cuyo accidente no fué sino un preludio de peores males; pues una hora despues empezó á sentir agudos dolores en el lado izquierdo del esternon, los cuales iban en aumento, al paso que se desarrollaba con gran intensidad la calentura, por la vehemente palpitacion del corazon, y parecía que iba á reventar el pecho y á crisparse las venas. Despues le acometió tan fuerte dolor de cabeza, que cayó en delirio y le vinieron terrores y convulsiones, en términos que apénas podían con él los

criados que le sostenían.

En la noche del Lúnes á Mártes, el enfermo llegó á un estado tristísimo. Los médicos de consulta opinaron que si bien la herida penetraba sólo tres milímetros, por la violencia del golpe se había dañado una parte de la region del corazon. Y como la madre tambien andaba solícita por el alma de su hijo, y les preguntaba si sería conveniente pensar en los consuelos de la Religion, la aconsejaron que para mayor seguridad, tan pronto como el acceso disminuyera, llamasen á un Sacerdote. Calmando efectivamente la fiebre por la mañana, y habiendo salido el jóven de su delirio, entró en su habitacion el confesor, á quien reconoció con gran alegría, y cogiéndole calurosamente las manos, vertiendo gruesas lágrimas le dijo:

—¡Gracias, Padre José, por esta visita! si no me hubiese puesto malo, hubiera ido á verle. ¡No me abandone V. por amor de Dios! ¡Tengo tanta precision de hablarle!

XIX.

Este Padre José era hacía algunos años el consejero de Alberto, su guía entre los insidiosos lazos con que el mundo rodea á la juventud, el depositario do los secretos de su alma. Con él, pues, pasó á solas un buen rato, se confesó, y recibió grandes consuelos, tanto que, cuando vió entrar á su madre, le dijo:

—Madre, ahora estoy pronto á irme; si

tengo que recibir el Viático, venga pronto, y despues permitidme ver á Clementina, decirle una palabra, darle el último á Dios, y moriré tranquilo.

La pobre madre, con el rostro bañado en llanto, se arrodilló, y entre besos y sollozos le contestó:

—No, hijo mío, espero que no morirás. Esta mañana empiezo una novena á Nuestra Señora de Gracia, y se descubrirá por tí la santa Imágen. María tendrá piedad de mí y de aquel ángel que tanto te quiere.

—Si he de curar por milagro, no creo que en la tierra lo puedan impetrar de María sino V. y Clementina. ¡Pero un milagro! ¡poco lo merezco, Dios mio! No soy digno de poseer tan gran tesoro.

Aquí calló el enfermo, exhaló un hondo suspiro y levantó al cielo la vista llena de inexplicable tristeza. ¡Oh! bien sabía que si tenía que perder juntamente la esposa y la vida, sería en pena de un delito, el más deplorable de cuantos había cometido, y el más merecedor de severa expiacion! Esta era la pena que más le atormentaba.

Por la mañana, encontrando los médicos la fiebre en declinacion muy marcada, y al jóven más animado y en mejor situacion que hubieran podido esperar, consideraron que no era preciso que entonces le sacramentaran. Le recomendaron, sin embargo, gran tranquilidad, un silencio absoluto, la exclusion de toda visita y el alejamiento escrupuloso de cuanto pudiera

conmoverlo y alterarlo. Pidió él por favor no le privasen de la visita de Clementina; pero obtuvo una rotunda negativa.

—No espero, sin embargo, dijo, morir sin haberle dado el último á Dios.

—De ningun modo, dijo el médico de cabecera; no piense V. en esto: no conviene: yo creo que *infirmitas hæc non est ad mortem*. Á Clementina podrá V. verla más tarde, que tiempo habrá. Hoy no puede ser; no hay que pensarlo.

XX.

Entre tanto se habia divulgado por la poblacion la noticia del deplorable suceso de Alberto, é iba de boca en boca con los correspondientes comentarios que en tales contingencias suele inventar la fantasía. Todos, generalmente, sentian la dolorosísima suspension de un matrimonio ya casi hecho y empezado con tan felices auspicios. Las tarjetas á las puertas de la casa de D. Felipe no cesaban, y la gente acudió contínuamente á tomar noticias del enfermo. Se observaba que hasta algunas familias liberales tomaban parte en esta demostracion popular de dolor hácia una casa que notoriamente aborrecia el liberalismo como una peste. Y hasta el periódico más liberalesco de la localidad puso el siguiente suelto en la noche del mártes:

«Anunciamos con sentimiento la repentina desgracia que ha acaecido á uno de

los jóvenes más benéficos, elegantes y ricos de nuestra aristocracia. Asaltado por un malhechor la noche del pasado sábado en Milán, en donde se encontraba para negocios particulares, mientras se defendia con valor, recibió en el pecho una herida de puñal que segun nuestros informes tiene carácter de mucha gravedad. Toda la poblacion toma parte en esta desgracia, tanto más lamentable cuanto que el jóven estaba próximo á contraer matrimonio con una linda señorita de una de las primeras casas de esta comarca, heredera de un rico patrimonio. Las bodas se debian celebrar el domingo en la quinta de la prometida, sin fausto, pero con generosas liberalidades á favor de los pobres de la comarca. Aunque adversarios de las opiniones y tendencias político-religiosas de las dos aristocráticas familias que estaban próximas á emparentar, sin embargo, por obsequio á los principios de humanidad y á los sentimientos de tolerancia que profesamos, no dudamos en unirnos al dolor comun de nuestros conciududanos, y en hacer sinceros votos por la pronta curacion del enfermo.»

Al principio estuvo muy perplejo D. Felipe en cómo y cuándo notificaría á los padres de Clementina el inesperado suceso que desbarataba todos los proyectos para la ultimacion de las bodas. Oprimido por la melancolía, y con la mente confusa, no sabía por qué partido decidirse entre varios que se le ocurrían. El Lúnes habia prohi-

bido que la tarjeta de Alberto se llevara á D. Vicente. Esperando, creía que las dificultades se allanarían. Pero visto que las cosas llevaban tan mal camino, y atendida la gran publicidad que iba adquiriendo el suceso, se decidió á enviar el telegrama que ya hemos visto, y que nada decía en realidad; y un poco más tarde rogó al Conde Paolo que fuese en persona á la quinta, para informar con cautela á D. Vicente de la desgracia ocurrida á su futuro yerno.

XXI.

El Conde Paolo era un amigo comun de las dos familias, hombre sagaz, de muy buen trato y agradables modales; y además había sido elegido para testigo del próximo contrato nupcial por parte del esposo.

Aunque había pasado la media noche, sin embargo, los dos hermanos, D. Vicente y D. Cárlos, ansiosos de tener pronto la llave del misterio, habían ido á buscarlo á la estacion, y lo acogieron con los brazos abiertos.

—¿Qué noticias nos trae usted? le preguntó D. Vicente despues de los primeros saludos; ¿buenas ó malas?

—Ni buenas, ni propiamente malas.

—¿Qué quiere V. decir?

—Que Alberto está con una calenturilla de carácter inflamatorio, por lo cual será necesario retardar algunos dias las bodas.

Pero no haya cuidado. Es una pequeña indisposicion.

—¡Oh! entónces, ¿por qué aquel bendito de Felipe no lo ha puesto claro en el telegrama?

—Seguramente porque no queria alarmarles. Ciertas cosas se explican mejor de palabra que en lenguaje telegráfico.

Y con esto, emprendiendo la vuelta á la quinta, empezó á narrar la ida á Milán de Alberto para comprar algunos muebles de lujo, y como por ocasion de un descuido volvió con una calenturilla. Pero calló lo del pretendido asalto, lo de la herida, lo de los vómitos de sangre, y el parecer de los médicos. La amarguísima píldora da esta noticia era preciso administrarla poco á poco y en dósis homeopáticas, la una despues de la otra. Entre tanto, con reticencias, con atenuaciones y con frases ambíguas trató de ir preparando los ánimos para la cruel verdad.

—¡Lo siento de veras, iba exclamando D. Vicente, alterado y pensativo. ¡Despues de hechas las invitaciones, despues de impresas las papeletas! ¡Cuando estaban terminados todos los preparativos de la fiesta, tener que volverse atrás ó aplazarla Dios sabe hasta cuando! ¡No hay más! El hombre propone, y Dios dispone. ¡Paciencia!... ¡Pero es cosa que me contraria y fastidia de veras! ¡Iban tan bien las cosas hasta aqui! ¡Precisamente cuando se iba á desatar el nudo, se rompe el hilo! ¡Antojadizo muchacho! ¿Qué nece-

sidad tenía de ir á coger la calentura á Milán? ¿No tiene bastantes muebles en su casa y en la quinta? ¡Pobre Clementina! ¿Quién podrá hacerla creer que Alberto no está moribundo con la vela en la mano?

XXII.

En la puerta de entrada D.ª Libia y su hija esperaban con angustia el carruaje, cuando este llegó á buen trote. El padre, el tio y el Conde bajaron de él, y todos juntos fueron á pié hasta la casa. Clementina temblaba como azogada; y á pesar de oir las formas de afectada desenvoltura con que su padre y el Conde hablaban de la indisposicion de Alberto, con tristeza y llorando les decia:

—Es inútil que quieran engañarme. Alberto debe estar más grave de lo que me dicen. Si fuese cosa leve no se hubieran hecho tantos misterios, ni el Conde hubiera venido aquí á media noche. Tengo muy malos presentimientos, y preparo mi corazon á grandes y duros sacrificios.

El Conde no se atrevió á contradecirla, y un significativo silencio siguió á las palabras de la jóven desolada. Entraron en la sala sin que nadie osara hablar, excepto D. Vicente, que rompia el silencio con palabras entrecortadas, suspiros y exclamaciones de dolor.

En vano la madre trataba de tranquilizar con amor y cariños el ánimo de la hi-

ja. Clementina estaba inconsolable; y á su tio, que tambien probaba de consolarla, le respondió:

—¿Quiere V. persuadirse de que el mal no es como el conde Paolo lo cuenta? Á las tres pasa un tren. Propóngale V. que papá, mamá y yo vayamos en él á hacer una visita á Alberto; ya verá V. con qué diplomacia vá á disuadirle de ello. Indíquele que irémos mañana, y verá tambien como saca á relucir otras excusas. Para anunciar una calenturilla de Alberto jamás D. Felipe hubiera incomodado al conde Paolo.

Poco despues, todos se retiraron á sus habitaciones para dormir. Eran ya las doce y media. Clementina, sin poder conciliar el sueño, despues de un cuarto de hora salió callandito de su cuarto y fué á la tribuna de-la capilla. Allí estaba resuelta á velar todo el resto de la noche, para disponerse con la oracion al inesperado sacrificio que iba á recibir su agitadísimo corazon. Andando á puntillas pasó por delante de la habitacion de su tio Cárlos; vió la puerta entreabierta y oyó que estaba en íntimo coloquio con el conde Paolo. Asaltóla una irresistible curiosidad, y conteniendo la respiracion se paró á escuchar. Pronto se aseguró que hablaban de Alberto, de una herida que habia recibido en el pecho, de copiosos vómitos de sangre, y del peligro de su muerte. La infeliz sintió faltarle las fuerzas, cayósele el candelero de la mano, y exhaló un pe-

netrante gemido que hizo acudir á todos los de casa.

XXIII.

Cuando D. Vicente y su esposa acudieron espantados al grito de su hija, ésta, medio desvanecida, estaba sostenida por su tio, que más asustado que ellos, procuraba volverla en sí y sosegarla. La escena que siguió se puede imaginar mejor que describir.

El conde Paolo se mordia la lengua por el despecho que le causaba ver tan bruscamente deshecha su industriosa trama, urdida por él para dar poco á poco y con la ayuda del tio Cárlos la terrible noticia de que era portador. Ahora, siendo inútiles los subterfugios y palabras envueltas, expuso el caso con toda sencillez, si bien dulcificándolo con frases que disminuyeran el efecto de la primera impresion. Tenia consigo el billete de Alberto para don Vicente, que leyó y releyó, haciendo notar los puntos, las comas y hasta la forma de letra ; y despues aquel periódico , cuyo suelto publicado la noche anterior hemos dado á conocer: todo lo cual dió abundante materia de conversacion y de comentarios.

Clementina, vuelta en sí, y viendo que era inútil el suplicar se la condujese á la ciudad para ver á Alberto, segun la súplica que él hacia en su billete, enmudeció, bajó la cabeza, ocultó el rostro entre

sus manos, y quedó inmóvil como una estatua. La pobre se esforzaba por tranquilizar un poco su corazon, conformarse con las disposiciones de Dios, y aceptar de su inescrutable voluntad los sacrificios que le enviaba.

En la quinta de D. Vicente todo fué angustia en aquella triste noche que sucedió á aquel dia tan alegre. Ninguno pudo conciliar el sueño por un instante. Al amanecer, la señora se dirigió á la tribuna de la capilla con su hija para no dejarla sola, pues ésta ya se habia retirado á aquel lugar. Don Vicente tomó el camino de la ciudad, acompañado del conde Paolo, despues de haber asegurado que volveria por la noche del siguiente dia, y que á medio dia enviaria noticias de Alberto por telégrafo. El tio Cárlos no se movió de la casa, para estar pronto á todo cuanto requiriese el socorro y consuelo de su sobrina.

XXIV.

Alberto tenia una tia de alguna edad, que le amaba con ternura, y le habia pagado ya una vez ciertas deudas que á causa del juego habia contraido. A eso de las ocho de la mañana del miércoles, apareció de una manera inesperada é imprevista en la quinta, mientras D.ª Libia, Clementina y su tio, despues del desayuno, se retiraban á sus respectivas habitaciones para procurar algun descanso.

—¡La señora María! ¿Qué novedad es esta? exclamaron la madre y la hija, así que la vieron bajar sola del carruaje. Se precipitaron hácia ella con mil muestras de afecto, no sin revelar que esta inesperada aparicion causaba en la una maravilla y contento, y aumentaba en la otra la ansiedad y el temor.

—No, no hay que temer, mi buena Clementina, (dijo aquella á la jóven, que estaba trémula al abrazarla); no vengo á darte malas noticias. Alberto está mucho mejor; estuve con él largo rato ayer por la tarde; le he vuelto á ver esta mañana, y gracias á Dios parece que hoy disminuye el peligro. Eso sí, son precisos muchos cuidados; pero confio que lo que no se haga en la primavera pueda hacerse en el verano.

—¡Loado sea Dios!—exclamaron las otras dos respirando fuertemente, como quien se descarga de un gran peso que le oprime.

Introducida en la sala y renovado que fué el antiguo y mútuo conocimiento entre ella y D. Cárlos, empezaron á hablar del grave asunto que tenia entonces suspensos y turbados los ánimos de las dos familias. Y tan del agrado era para los tres actuales habitantes de la quinta el hablar de aquel asunto, que la forastera tuvo que prolongar su visita hasta despues del almuerzo.

XXV.

Esta visita no era de creer tuviese por único objeto el traer buenas noticias. Era tambien portadora de una embajada de Alberto para Clementina. Tenia necesidad de hablar con ella en secreto, y poner en sus manos una carta que su sobrino le habia rogado escribiera, dictándola él, y con su firma.

Por otra parte, conviene saber que pasada la terrible crísis de la noche entre el lúnes y el mártes, Alberto habia caido en un estado tal de melancolía, que no pensaba sino en que habia de morir. Por un lado comprendia que no se le dejaria ver á su prometida en aquel período de su enfermedad, y por otro queria á todo trance abrirle su corazon y mostrarle sus sentimientos.

Con este objeto, cuando por la noche su tia hubo entrado en su aposento, despues de saludarla, la detuvo largo rato, y con la confianza que le tenia como de hijo, le descubrió sus penas, la conmovió, le dictó un billete para Clementina, y obtuvo la promesa de que al dia siguiente iria á verla en su nombre, á hablarle de él, y entregarle el billete; pero todo sin que nadie se apercibiera. Y la buena señora, para tranquilizarle, no mirando la propia incomodidad, le contentó en todo; tanto más cuanto ella no acababa de persuadirse que el melancólico presentimiento de

Alberto fuese un delirio de imaginacion calenturienta, ó un terror causado por las afecciones del corazon. Lo hubiera deseado creer, pero no podia. Y aunque los allegados y amigos, y hasta los médicos, parecian opinar de este modo, y asi mandaban se hablara, por lo cual ella misma repetia lo que aquellos decian, no perdia sus propias aprensiones; y las esperanzas y congratulaciones que en otros alimentaba, distaban mucho de residir en su corazon. Hé aqui por qué, sin mentir, supo proporcionar tan gratos consuelos en el ánimo de Clementina, de su madre y de su tio, que la miraron como un ángel consolador enviado del cielo; y poco les faltó para suponer á Alberto ya en pié, del todo sano, fuerte y jovial, como una semana antes.

XXVI.

Conforme á la palabra empeñada, habia llegado antes de medio dia el telegrama de D. Vicente, en un todo conforme con las halagüeñas noticias llevadas por la señora María.

Puede comprenderse cuánto ensancharía esto el corazon de la madre y de la prometida, y cómo volvió la sonrisa á sus labios. El almuerzo, por lo tanto, fué más alegre de lo que se hubiera podido esperar; y, despues de terminado, aún fué más agradable el rato de conversacion que se tuvo á la sombra del toldo. Estando aquel

dia D. Vicente en la ciudad, no podian esperarse periódicos ni cartas, pues él mismo lo habia de traer todo por la noche. La señora María manifestó su deseo de dar una vuelta por el bosquecillo, acompañada de Clementina; levantóse, y cogiéndola del brazo, se dirigieron paso á paso hácia lo más espeso de la arboleda.

—¿Sabes, querida mia, por qué te he traido á solas conmigo? Tengo algo que decirte, y algo que darte.

—¿Tal vez por encargo de Alberto?

—Justamente. Pero oye primero. Ayer se entristeció muchísimo, por figurarse que no podria sanar; y como te quiere tanto, tantísimo, despues de su alma no pensaba sino en tí. Me dijo que pues no esperaba volverte á ver, queria hacer un testamento para tí, y me rogó que yo escribiera lo que él dictaría... ¡Tiene tanta confianza en mí, y yo le aprecio tanto, que no tuve valor para negárselo! Le recomendé que fuera poco á poco y sin ruido; y despues puso él su firma.

—¿Y en dónde está? preguntó con vehemencia la jóven.

—Lo tengo en mi librito de memorias.

—¿Para dármelo á mí?

—¿Qué duda hay? He venido casi exclusivamente para eso. Pero antes de leerla, tén en cuenta que cuando Alberto me dictaba, estaba tan aprensivo por su mal, que no pensaba como quien dice más que en morirse. Esta mañana, sin embargo, le he encontrado mucho más despejado y ani-

mado. Así, pues, hija mia, no calentarse la cabeza con este billete. Léelo, guárdalo; pero no desesperes.

Dicho esto se lo entregó. Clementina, con mano trémula, lo abrió, se apresuró á mirar la firma, y reconociendo ser de mano de Alberto, exclamó:

—¡Oh! sí, es su firma ;—y siguió leyendo. Pero como por la conmocion se le confundian las líneas, se dejó caer sobre un banco de mármol, y prosiguió la lectura de la carta, cuyo contenido era el siguiente:

«*Para Clementina*

«Alberto, desde su lecho de dolor, te manda mil afectuosos saludos. Su mayor pena es no poder quizá volverte á ver. Por si la enfermedad cesase, te vuelvo á jurar la fé prometida. Tú eres de Alberto, y Alberto será tuyo para siempre, áun más allá de la tumba. El amor que te profesa es inextinguible; será eterno Si alguna vez oyeras á otros decir cosas de él que necesitan perdon, acuérdate que la perfeccion está en imitar á Dios, y su más bello atributo es la misericordia. Guarda á tu Alberto, que te lo pide con lágrimas de sangre, un amor que no muera, y concédele el perdon. Quien no perdona no ama. —A Dios.

«*Mi testamento.*—Si no puedo ser tuyo en la tierra, quiero serlo en el cielo. Conservarás siempre mi anillo de esposa y mi regalo de boda. Tal vez muera. ¡Qué sa-

crificio! Pero estoy resignado á lo que Dios disponga, y espero salvarme, gracias á tí en mucha parte. Ruega siempre por mi alma. Mientras puedas, visita mi sepulcro, que estará en el oratorio de nuestra quinta: reza un *Ave María* y un *De profundis*, y déjame encima una guirnalda trabajada por tus manos. Te lo repito: muero resignado y como verdadero católico. Pero moriría feliz si pudiese estar seguro que tu corazon, mientras viva, no será más que de Dios, y del siempre tuyo, vivo ó muerto,—*Alberto*.

XXVII.

Más de tres veces leyó y releyó la carta la pobre Clementina, dando á entender en su semblante los opuestos afectos que experimentaba su corazon. Despues, poniéndose blanca como la cera, dió rienda suelta á un copioso llanto.

—¿Por qué lloras, hija mia? le dijo cariñosamente aquella señora cogiéndole las manos. ¿No te he dicho que Alberto, al dictarme estas líneas, estaba sumido en una angustiosa tristeza, creyéndose ya muerto? Pero ya es otra cosa; aquella nube pasó, á Dios gracias.

—¿Pero por qué me pide perdon? interrumpió Clementina sollozando. ¡Perdon á mi! ¿De qué? ¡Pues si es tan bueno! ¡Escribirme que si no le perdono no le amo! ¿Qué me ha hecho que necesite perdon?

—¡Tontuela! ¿No conoces que esas son

puras fórmulas? Cuando se está en la agonía, ó uno cree estarlo, siempre vienen deseos de hacer actos de humildad cristiana. Y por otra parte, aunque uno sea santo, ¿no se ha de tener algo que deba perdonar el prójimo? Todos somos frágiles. Cada cual tiene sus defectos. El que no los tiene por malicia, los tiene por temperamento.

—«¡Tal vez muera!» ¡Qué horrible *tal vez!* Ciertamente se cree desahuciado.

—Se lo creia ayer, angustiado con sus lúgubres pensamientos: hoy no.

—¡Ah! ¡Pobre Alberto! ¡Quién se lo hubiera dicho! ¡Hacer su testamento, dejarme su anillo y el regalo de las perlas antes de casarnos! ¡Pobre Alberto!

—Por Dios, hija, atiéndeme y deja de fantasear de ese modo. Si veo que tú tambien te vas poniendo melancólica, ¿sabes qué hago? Te cojo esta carta y la quemo. No perdamos tiempo. Dentro de poco me marcho y volveré á verle. ¿Qué le diré de tu parte? ¿Quieres escribirle?

—Sí, le voy á escribir.

—Pues bien, enjúgate los ojos, y anímate. Te aconsejo que escribas corto; pocas palabras y alegres.

—Le diré que se encomiende á Nuestra Señora de las Gracias, y abandone el temor de la muerte; y si, admitiendo el peor caso, llegase á morir, muéra como él quiere, «*feliz*,» pues sólo sere siempre de Dios y suya. ¡Oh! dígale V. esto una y mil veces. Júrele por mí que no seré sino

suya y que miéntras Dios me conserve el corazon en el pecho, nunca lo daré dos veces.

XXVIII.

Acercándose á la casa, descubrieron á D. Vicente, que volvia de su expedicion á la ciudad.

—¡Tan pronto! murmuró Clementina sorprendida. ¡Ay, señora! temo una mala noticia.

Y separándose de ella, corrió á esconderse en un cenador de espeso follaje, rompió una hoja de su libro de apuntaciones, y con lápiz escribió precipitadamente algunas frases inconexas, sugeridas más bien por el corazon conmovido, que por la mente. Firmó, dobló la carta, y volvió á llevársela á la señora, diciéndola:

—Aquí está mi respuesta. Pero dígale V. todo; y que anhelo que, vivo ó muerto, sea siempre feliz.

El asombro que produjo en Clementina la anticipada vuelta de su padre, se aumentó al ver la fria acogida que hizo á la tia de Alberto, y más aún el aire hosco é iracundo de su semblante.

—¿Qué tiene V., padre mio, que me parece turbado?

—Mejor harias en atender á tus negocios, entretenida.

—¿Y Alberto?

—Está mejor, dijo casi con despecho; y volvióle bruscamente las espaldas para

apretar la mano á D. Cárlos y saludar á su esposa que le salian al encuentro.

—¿Cómo tan pronto? le preguntó D. Cárlos.

—He podido despachar antes de lo que pensaba.

—¿Qué tal está el novio?

—Mejor.

—¿Y D. Felipe? ¿Y D.ª Amalia? ¿Qué pasa que no nos dás noticias suyas? preguntó su esposa.

—Sí, sí; están bien y os saludan.

—Pero tú vienes disgustado. Cualquiera que te viese, diría que te habia pasado algo.

D. Vicente hizo un gesto con la cabeza, y sin decir más subió con paso ligero la escalera y se encerró en su despacho.

—¿Pero qué es lo que tiene?—se preguntaron unos á otros. Clementina estaba fuera de sí, y no escuchaba nada.

Poco despues, la tia de Alberto se despedía para volver á su casa: avisaron á D. Vicente, y este se apresuró á bajar. Fué cortés con ella; pero reservado. No bien hubo subido al coche, cuando un criado llegó precipitadamente con un hermoso ramillete. Era un presente que Clementina quería enviar á Alberto.

—¿Qué flores son esas? dijo entonces desdeñosamente el padre, cogiéndoselo de las manos. ¿Estás loca? ¿No sabes que el olor de las flores hace daño á los enfermos?

Clementina se sintió desfallecer, y no

pudo decir palabra. La señora María se sonrió, hizo un amable saludo, y partió.

Los demás estuvieron algun tiempo silenciosos mirando el coche que se alejaba, mientras la pobre jóven, humillada, confusa y temblorosa, se cubria el rostro con el pañuelo, queriendo ocultar el llanto que brotaba de sus ojos.

XXIX.

No es difícil adivinar la causa de la extraña variacion ocurrida en D. Vicente. Habia sabido la verdadera historia de la herida de Alberto, y por ella su pésimo vicio, tantas veces repetido, de hacer grandes apuestas en los juegos de otros.

Aunque el primo Alejandro habló y gastó mucho para que permaneciese en secreto el suceso y sus particularidades, no pudo impedir que se comentase en varios círculos, habiendo sido tantos los testigos presenciales. De esta manera, de boca en boca, pasó la noticia á un íntimo amigo del padre de Clementina, residente en Milan. Este creyó de su deber dar parte á D. Vicente, apoyándose en la crónica de dos periódicos que narraban el caso, aunque con sólo las iniciales de los nombres, y áun le increpó duramente por tratar de unir á su hija á un hombre que tales escándalos venia dando con sus juegos y desafíos. Pero calló, por ignorarlas, dos circunstancias, atenuantes en gran manera, de la criminalidad del jóven: era

la una, que léjos de haber sido provocador para asistir á aquella reunion nocturna, habia sido fuertemente provocado, y que habia venido á las manos con su villano adversario para evitar los riesgos y la culpa de un duelo.

Esta carta, que D. Vicente encontró en su casa precisamente la misma mañana de su expedicion á la ciudad, acompañada de los dos periódicos en que venian señalados los párrafos importantes, le cogió tan de sorpresa como un rayo en cielo sereno. Despues de haber visitado, abrazado y confortado á Alberto con cariño de padre y de haberse detenido largamente con sus padres, pasó al telégrafo para transmitir á la quinta noticias tan gratas, expresadas en términos llenos de amor; y aún conservaba el corazon enternecido é inclinado á halagüeñas esperanzas, cuando la lectura de la carta y de los periódicos vino á cambiarla por completo.

Al principio no queria dar fé á sus ojos. El suceso le parecia una enorme quimera, un imposible, un sueño. Pero despues, examinadas las crónicas, y sobre todo teniendo en cuenta la probidad y delicada conciencia de su amigo, tuvo que ceder á la evidencia. No podia haber duda. Veia de cerca que el prometido de Clementina, el jugador convertido y penitente, habia vuelto á ser, poco más ó menos, el mismo que años atrás, y que, para escarnio y vergüenza de su inocente hija, se estaba preparando á celebrar con ella las bodas

con una de las tachas más infamantes. La idea de haber sido burlado era lo que más le amargaba. El temor de que la innoble aventura de Alberto se propalase por la ciudad le llenaba de confusion. La imaginacion hizo entonces su oficio, y deduciendo de los pocos hechos ciertos otros mil supuestos, llegó á montar en cólera á D. Vicente, ya propenso á ello por carácter y hacerle perder por completo el tino.

Inmediatamente, aunque era cerca de medio dia, hizo enganchar los caballos, impaciente por llegar á la estacion del ferro-carril, y en el camino se puso á meditar partidos resueltos, prontos é irrevocables.

Figúrese el lector lo agradable que le seria el encuentro muy inesperado de la tia de Alberto en su quinta, y el ofrecimiento de las flores que su hija mandaba para su prometido. Fué para él un acto de heróica abnegacion el no acompañar la destruccion del ramo con un solemnísimo cachete á su amorosa hija.

XXX.

Apenas se habia alejado el carruaje de la tia de Alberto, D. Cárlos animaba á su sobrina con palabras de dulzura, cuando D. Vicente, volviéndose repentinamente hácia ellos, les dijo con seriedad:

—Me urge hablar con vosotros tres; os espero en mi despacho.

Y al ver á su hija llorosa, añadió entre amable y severo:

—Y tú, hija mia, si deseas que tu padre te siga queriendo, sé menos niña, y acaba con tus lágrimas.

Encaminóse en seguida hácia la escalera, y los demás le siguieron taciturnos y atónitos al verle tan mudado.

Así que se hubieron sentado, D. Vicente presentó á su hermano la carta de Milan y los dos periódicos:

—Cárlos (empezó á decir con estudiada calma), hazme el favor de leer con voz inteligible para mi mujer y mi hija, esta carta, y despues los renglones rayados con rojo de estos dos periódicos. La carta me la escribió ayer D. Tomás, que ya sabeis no es capaz de mentir. Que Libia y Clementina escuchen sin interrumpir.

Cárlos se puso á leer. D.ª Libia, por su parte, despues de oidas las primeras frases de la carta, no podia contener sus exclamaciones de dolor y de incrédulo estupor; pero su marido la hacia callar. Clementina, por el contrario, no movia los lábios y palidecia por momentos. Sólo de vez en cuando subia el rubor á sus mejillas, por toda contestacion á las miradas penetrantes de su padre. Aquellos ojos, que expresaban mil y mil afectos diversos, la hacian estremecer, y sufria cual si la aplicaran la tortura.

—¿Qué os parece?—dijo, terminada la lectura, mirando á entrambas y moviendo fuertemente la cabeza.

—Me parece que estoy soñando,—replicó su esposa, y despues de un corto silen-

cio continuó: No me engañaba el corazon cuando temia por Alberto; cuando repetia que en todo jugador la costumbre vence á la naturaleza. ¡Y vosotros os burlábais de mi! ¡Pobre hija mia! ¡en buenas manos ibas á caer.

Clementina, que sentia atravesada el alma por la pena, se levantó al oir esta última frase, y poniéndose como una rosa exclamó con acento indignado:

—¡Oh madre mia! ¡qué dice V.! ¿tambien V. ha creido estas calumnias?

—¿Calumnias? la interrumpió bruscamente el padre. ¿Y crees tú que sea yo hombre que me deje llevar por las calumnias? Entra en tu juicio, Clementina, respeta á tu padre y calla.

—Padre mio, ¿cómo quiere V. que calle cuando veo que despues de haber asesinado á Alberto quitándole la vida, lo asesinan arrancándole el honor? Maltratadme, matadme si quereis, pero jamás dejaré de defender su inocencia.

—¡Clementina! dijo su padre levantando la voz y mirándola con amenaza.

—Yo querido padre, no conozco á D. Tomás ni sus periódicos. Pero conozco muy bien á Alberto. Más debo creer en su inocencia que en las relaciones de aquel señor. Alberto me pertenece. Soy suya, y su honor es mio.

—¿Tú suya? ¿tú de aquel calavera? exclamó su padre con enojo. Ten juicio, Clementina; no me obligues á decir y hacer lo que no quisiera.

—¿Pues qué? si Alberto sanara y viviese, ¿no habia de ser mio, no se habia de casar conmigo?

—¡Tuyo! ¡tuyo! dijo su madre. Lo que es por mí ya se acabó todo.

—Hé aquí mis resoluciones terminantes, inmutables, definitivas, repuso D. Vicente serenándose un poco. Esta tarde, Libia, Cárlos y yo, firmaremos, si os parece, una denegacion explícita y absoluta al matrimonio de Alberto, que tengo ya extendida en forma de carta á D. Felipe. Mañana por la tarde nos ponemos en camino para Francia y Suiza, á pequeñas jornadas; y despues de nuestra marcha se entregará la carta con todos los regalos de boda hechos á Clementina por Alberto y sus parientes. Este es el único partido y el que estoy resuelto á llevarlo á cabo. Así, pues, hija mia, por obediencia á tu padre, quítate del dedo el anillo de Alberto, dámelo inmediatamente, y ven á firmar tambien tú una declaracion de formal renuncia á la mano de Alberto, que tengo ya preparada.

—¡Padre mio! gritó la infeliz Clementina aterrorizada; eso es imposible.

—¡Imposible! ¿Sabes, hija, con quien hablas?

He jurado amor á Alberto, y porque haya sido desgraciado, no he de hacerle traicion. Este anillo es la señal de nuestra fé; me lo dió despues de comulgar en el altar de Nuestra Señora, y me lo dió en presencia de V. Habia de ceder yo ahora

mi anillo? ¿Habia de renunciar á su amor? ¡Ah! padre, sería un pecado, un sacrilegio que no cometeré jamás. No he dado mi corazon á Alberto para quitárselo.... ¡y bien sabe Dios lo que he rezado ántes de entregárselo! ¡Oh! ¡No, no! miéntras viva seré siempre de Alberto. Antes morir que serle infiel; soy suya, y él es mio para siempre.

XXXI.

D. Vicente, fuera de sí, saltó de la silla, y se lanzó hácia Clementina con tal ira, que á no estar allí su tio y su madre, que le cogieron por los brazos, hubiera herido con sus manos el rostro de su hija.

—¡Tú suya! repetía apretando los dientes y tratando de desasirse de Cárlos y de Libia, que le querían aplacar; ¡tú de aquel infame! ¡tú de aquel hipócrita! ¡tú de aquel perjuro! ¡tú, mi propia sangre! ¡oh! primero te tuerzo el cuello con mis manos, que verte mujer de aquel perdido. Todas las maldiciones que un padre puede imprecar del cielo sobre una hija que deshonra á su casa, caerían sobre tu cabeza, ántes que verte dar á Alberto la mano.

—Vicente, ¡qué es esto! le decía su mujer llorosa y con cariño. Tranquilízate; jamás te he visto tan enfurecido. Clementina es una buena hija y hará lo que su padre le mande. Vamos, haya paz.

—¡Que hará lo que yo quiera!... ¡Quisiera ver que osara!...

—¡Pues claro que sí, Vicente, añadió su hermano empujándolo suavemente hácia el sillon; cálmate, vuélvete á sentar. Clementina ha hablado sin pensar que te causaría disgusto. Obedecerá en todo.... Sabes cuánto te quiere y respeta. ¿No es verdad, sobrina mia (prosiguió volviéndose hácia ella), que quieres tanto á tu padre que deseas darle ahora mismo un abrazo?

—No sé lo que me pasa (respondió, pálida y temblorosa por el miedo, la indignacion y el amor). Abrazos á mi padre le daré mil; pero no me siento con fuerzas para presenciar estas escenas, para mí nunca vistas. Decidan Vds. y dispongan. Ya no hay nada para mí. Despues de perdido Alberto, me toca aún perder el cariño de mi padre y ser maldecida. ¡Oh, si el Señor me dejara morir con él!

Al decir esto, el llantó ahogó su voz. Se levantó, y ocultando la cara entre sus manos y sollozando, desapareció.

XXXII.

—Déjala marchar, dijo D. Cárlos dando una palmada cariñosa en el hombro de su hermano. ¡Pobre niña! Es preciso compadecerla. El amor no razona; y además, despues del primer mal rato, darle este otro tan de improviso, sin haberla preparado...

—Demasiado sé que soy un loco al dejarme llevar por la ira, respondió D. Vi-

cente pasándose la mano por la frente. Pero ¿qué quereis? Me siento ofendido de tal modo, en el fondo del alma, con la conducta indigna de Alberto, que involuntariamente salgo de mí, y descargo mi cólera sobre mi pobre hija. La idea de que Clementina ama con todo su inocente corazon á aquel mónstruo... que ella por ligereza nuestra ha estado á punto de ser su esposa, y que aún está en su ánimo el ser suya... ¿Qué quereis que os diga? Es una idea que me trastorna el cerebro.

La madre, que no pudo contenerse, corrió compadecida detrás de su hija; pero ésta ya se habia encerrado dentro de su habitacion, y no respondía á sus súplicas sino con lamentos y fuertes sollozos. Volvió D.ª Libia al escritorio hecha un mar de lágrimas, y anunció aterrorizada que Clementina era víctima de una convulsion, y se encontraba cerrada con llave en su cuarto.

—¡Oh Dios! ¡Desgraciado de mi! ¡Qué he hecho!—dijo el padre levantándose para acudir á la puerta de su hija.

—Espera, espera, iré yo, dijo D. Cárlos. Tu voz podria asustarla. Voy yo, y me abrirá, ó forzaré la cerradura.

Si D. Vicente hubiera sabido refrenar la ira; si se hubiera mostrado menos violento en el obrar y más discreto en el hablar; si antes se hubiera aconsejado con su prudente hermano, ¡qué de sufrimientos se hubiera ahorrado, y cuantas amarguras no hubiera quitado á su hija!

¡Quien hubiera pensado que en aquella mansion en que veinte y cuatro horas antes reinaba la alegría y la felicidad, habrían de ocurrir en tan breve tiempo escenas tan aflictivas y angustiosas!

XXXIII.

Suelen ser los vahidos y las convulsiones artimañas bastante comunes en las jóvenes enamoradas para arrancar el consentimiento á sus padres que de buena fé se oponen á matrimonios que se ve han de ser perjudiciales á sus hijas. Por vía de ejemplo citaré á una riquísima jóven que conozco, la cual no hace mucho tiempo, á fuerza de inapetencias y desmayos, llegó á conseguir de su madre el permiso de echarse en las garras de un lobo dorado, á lo cual ya tres veces se había opuesto. Son cosas ordinarias de este mundo, que ni los niños ignoran. Pero no era este el caso de la hija de D. Vicente. La desgraciada se había retirado á su cuarto, no para sacar partido de sus convulsiones, sino para desahogarse de su inconsolable dolor. Con su perspicaz y agudo entendimiento, demasiado había comprendido lo terrible de su situacion, bien diverso de lo que ántes era, y preveía todas las consecuencias que de ella se originarían. Todo esto se lo manifestó, hecha un mar de lágrimas, punto por punto á su tio Cárlos, en cuya ternura había puesto su confianza.

Despues que hubo entrado en su cuarto y recibido de él caricias y palabras de consuelo, se sentaron en un diván próximo al balcon.

—Tio, dijo Clementina, de nada sirve que me engañe V. He perdído para siempre los tres amores que despues de el de Dios eran mi sostén y las delicias y esperanzas de mi vida: el de Alberto, el de mi padre y el de mi madre. El amor de Alberto vivirá siempre en mi corazon, pero estará como muerto en este mundo, porque ó se va al cielo y seguimos amándonos como los ángeles, ó sale de su enfermedad y no podré mostrarle lo que le quiero. Mi padre y mi madre no podrán quererme tanto como antes, porque pretenderán que cese de amar á Alberto, si se restablece; y yo no podré jamás, jamás complacerles en esto ó si muriera que dé mi corazon á otro: esto será imposible, porque no sé dar el corazon dos veces á dos personas distintas. El amor verdadero es uno y eterno, y mi amor hácia Alberto ha sido y es verdadero como la verdad misma; así, pues, no cambiará ni dejará de existir. Me han enseñado, y en ello he pensado muchas veces, que los esposos cristianos deben amarse recíprocamente como Jesús y la Iglesia se aman. Alberto me ha jurado mil veces que representará inviolablemente en mí el amor de Jesús hácia la Iglesia, y yo tambien le he jurado que representaré para con él el amor de la Iglesia hácia Jesús. Ahora bien, tio mio, ¿puedo dejar de amar

á Alberto, ó amar á otro despues de tales juramentos, sancionados con este anillo? Vivos ó muertos, seremos única y eternamente el uno del otro. Preveo que esta santa fidelidad traerá sobre mí muchas aflicciones; pero ¡paciencia! Dios ve mi corazon, y sabe que seré mártir de mi deber.

Al decir esto, volvió á desahogarse en nuevos sollozos y suspiros.

XXXIV.

D. Cárlos, que había oido el sublime y apasionado razonamiento de su sobrina con la boca abierta, los ojos espantados y la mente turbada, al escuchar estas últimas palabras, apretó la cabeza de Clementina contra su pecho, y la dijo:

—Querida mia, el amor te inspira esa elocuencia celestial, y hace que resplandezcan los tesoros de virtud que Dios te ha dado con profusion.... pero no llores tanto; tus lágrimas me hacen daño. ¿Crees que te quiero?

—Sí, tio, lo creo. El cariño que V. me tiene es el único remedio que me queda. Estoy segura que Dios le ha enviado á esta casa para ser mi ángel consolador en medio de las angustias que me esperan.

—Pues bien, si estás persuadida de que yo te aprecio mucho, atiéndeme. Te aseguro que mi cariño hácia tí ha crecido desde que te he tratado tan íntimamente y he visto lo buena que eres. Escucha, pues, á tu tio, que te tiene un amor de padre.

Tu imaginacion está exaltada, y en vez de razonar con la cabeza, razonas un poco demasiado con el corazon. ¡Hija mia! El corazon es un pésimo razonador; ¡ya debes saberlo! ¡Cuánto te compadezco!

—¿Y por qué me dice V. esto?

—Porque así es la verdad.

—¿Entónces V. tambien cree que debería haber firmado la renuncia, entregado el anillo á mi padre y hecho traicion á mi conciencia?

—No digo eso, querida mia. Digo que si quieres ser razonable y deseas que el Señor te ayude, conviene que te tranquilices y dés lugar á que obre el buen sentido.

—¡Oh! ¿Y por qué me ha impuesto mi padre una condicion que ofendería á toda ley divina y humana? ¿Por qué se ha enfurecido conmigo hasta el punto de maldecirme?

—¡Calma, calma por Dios! Dime: si verdaderamente se pudiese probar que Alberto se ha vuelto un calavera, un hipócrita, un impostor, que con un delito infamante se ha deshonrado...

—¡Tio! ¡Eso es un absurdo!

—Absurdo, dices? ¿Pues qué, no es hombre? ¿No es su naturaleza frágil como la de todos? ¿Crees tú que es Alberto un ángel impecable? ¡hasta qué punto te ciega el amor!

—Yo no miro á Alberto como un ángel, pero...

—Pues entónces, si se probase, atiende

bien, si se probase que se ha deshonrado, ¿te creerás verdaderamente obligada á guardarle la fé de amor y á casarte con él, echando un borron sobre tí y sobre toda tu parentela? Respóndeme, Clementina, respóndeme; pero con lo que te inspire la cabeza, no el corazon.

—Respondo.... que no es este el caso. Alberto no se ha deshonrado. Los villanos son los que le han asesinado primero con el puñal y despues con las calumnias.

—Pero no afirmo que la cosa sea cierta y verdadera. Hago una simple suposicion. Figúrate por un momento que así fuera: ¿qué harías? ¿Tendrías ánimo para ser la mujer de un infame?

—Primero le volvería al buen camino, y despues le tomaría por esposo.

Aquí D. Cárlos no pudo menos de prorumpir en una estrepitosa carcajada que llenó de confusion á Clementina.

XXXV.

—¡Qué inocente! dijo D. Cárlos con amarga sonrisa. ¿Le convertirias y despues le tomarias por esposo? ¿Pero está, por ventura, en tu poder convertir á los demás? ¿Y si no lograras convertirle?

—Entonces, vería...

—Entonces, discurriendo con calma, conoces que puede haber caso en que dos prometidos esposos cesen de permanecer ligados en conciencia por la fe que se han jurado; y esto ocurre principalmente

cuando uno de los dos falta de grave manera á la deuda de amor, reclamada y sobrentendida como condicion de su mútua promesa.

—Pero esas son suposiciones ajenas de nuestro caso.

—Sea como quieras. Tú tienes talento, y bien puedes comprenderme. Déjame ahora que te haga alguna otra indicacion. Haces una rara confusion entre el vínculo de los novios y el de los esposos. El recíproco amor y union que existen entre Jesucristo y su Iglesia es modelo perfecto del amor y union de los cristianos que han contraído ya matrimonio, no de aquellos que únicamente se han comprometido á contraerlo. En los que lo han contraido, el vínculo sacramental es único é indisoluble, porque existe; no así en los que deben contraerlo, porque aún no existe. Puede, por el contrario, suceder que el lazo de la promesa quede roto por alguna razon de peso.

—Es cierto cuanto dice V., pero... no sé... Mi corazon está ligado, y lo estará mientras viva. Si los hombres me impiden contraer el vínculo del Sacramento, no podrán impedírnos que sigamos considerándonos unidos por la fe del amor. Lo repito: aunque Alberto muera, le seguiré siendo fiel. Le he dado palabra de que no seré nunca de otro que de Jesus y suya; y él, por su parte, me ha escrito que, vivo ó muerto, será mio.

—¡Como! ¡Alberto te ha escrito!

La jóven hizo un gesto de contrariedad y se cubrió los ojos como en señal de arrepentida; pero despues, mirando cariñosamente á D. Cárlos, le dijo:

—Tio, con V. puedo tener confianza. Sí; ayer Alberto desde su lecho de dolor pensó en mí, y dictó á la Sra. María una cartita que me ha dado hoy despues del almuerzo. Pero ¡qué carta! La tengo grabada con caractéres de fuego en el corazon. ¿Me dá V. seguridad que no lo dirá á nadie?

—¡Oh, no lo dudes!

—¿Ni á mis padres?

—Descansa en mí.

—Con V., pues, puedo tener secretos. Lea V., y juzgue si quien ha escrito tales cosas es capaz de cometer una infamia.

XXXVI.

D. Cárlos leyó atentamente aquel escrito, en tanto que su sobrina, con cierto aire de triunfo, permanecia con la mirada fija en él y en los movimientos de su fisonomía, queriendo adivinar las impresiones de su espíritu.

¿Qué piensa V. de ello? le interrogó mientras D. Cárlos, callado y meditabundo, le devolvia la carta. ¿Qué le parece á V. esta carta comparándola con la que el caballero Tomás ha dirigido á mi padre? ¿Cuál de los dos le parece á V. el verdadero Alberto? ¿El calumniado por aquel señor en su esquela, ó el fotografiado en estos renglones?

—¿Le has respondido?

—Apenas dos líneas, pues me faltó el tiempo.

—¿Y qué le has escrito?

—Que todo se lo prometia y juraba.

—Pero ¿no has notado, loquilla, que te pide perdon con lágrimas de sangre?

—¡Y tanto que lo he notado! La Sra. María me dijo que era un acto de humildad cristiana, el cual todo buen hijo de la Iglesia debe hacer en el último trance; y Alberto ayer tarde temia mucho morir.

—Se conoce que tú y ella teneis buenas tragaderas. A mí no me hubiera pasado una cosa tan gorda.

—¿Es decir...?

—Es decir que en el hecho de pedirte perdon hallo un indicio que me hace sospechar no es falsa la relacion de D. Tomás.

—¿Tambien V., tio?

—Mi Clementina, no te ciegues, sé razonable. Es una sospecha mia.

—Una tentacion del diablo dirá V. mejor.

—¡Qué fuerte cosa es combatir con una jóven enamorada! Recapitulemos. Sabes las resoluciones de tu padre y cómo se ha enfurecido. Pues bien; yo te quiero ayudar, pero no arruinar. Tu padre escuchará, así lo espero, mis súplicas. ¿Qué tengo que hacer por tí?

—¡Ah, tio! Por el amor de Dios y el que me profesa V., ruegue á mi padre que no

haga nada de cuanto ha dicho. Que no envie la negacion del matrimonio á D. Felipe y mucho menos le vuelva los regalos de boda. Sería una atrocidad exasperar su sentimiento y el de su esposa, ya muy herido con la enfermedad de Alberto, con esta verdadera iniquidad, y seria matar al mismo Alberto. Y además, ¿á que viene ese nuestro viaje?

—Pero tú ¿á que estás dispuesta?

—Yo á todo menos á firmar la renuncia y entregar el anillo, dijo Clementina con exaltacion. Puede V. estar seguro que preferiré la muerte á esta indignidad. Mi padre ha dicho que prefiere verme descuartizada á su vista que unida á Alberto; y yo digo que quiero mejor que me haga pedazos que hacerle traicion. Que no espere que pueda yo mudar; no cambiaré jamás, jamás, jamás. Dígaselo V., tio, ya que no tengo valor para hablar con él de esto.

D. Cárlos se levantó soplando, dió tres ó cuatro vueltas por el cuarto, y volvió á sentarse junto á su sobrina.

XXXVII.

—No será fácil que así vengamos á un acuerdo. Tú, cegada por la pasion, no te acuerdas de que eres hija de familia y que debes obedecer á tus padres.

—Obedecer, sí, y en todo; pero contra conciencia, no.

—Contra la conciencia recta, bien está;

pero no contra la que tú te formas con tus antojos.

—No, tio, créalo V. No son antojos mios.

—Oye lo que pienso proponer á tu padre: suspension de los preliminares de negacion de matrimonio, hasta que se tengan informes más seguros sobre lo ocurrido. ¿Te agrada esta proposicion?

—Sí, sí; ¡muy bien, tio!

—De este modo, cesará de exigirte la renuncia y la entrega del anillo.

—¡Dios le bendiga, tio!

—En cuanto al viaje. como la curacion de Alberto y su convalecencia pueden ser largas, no haré gran oposicion para que abandone el pensamiento. Se alargará ó se aceptará su ejecucion segun las noticias que se tengan.

—Un favor le pedirá V. por mí, y es que el viaje lo hagan solos papá y mamá. Yo, mientras dure, quedaré encerrada en el convento de nuestras Hermanas de la Caridad.

—Tú, hermosa mia, deliras.

—Escúcheme V. Por mucho que V. haga, mi padre se ablandará al parecer, y mitigará el efecto de sus determinaciones; pero será preciso mucho tiempo antes que se reconcilie con Alberto. Por desgracia, la calumnia es como la brasa, que ó quema ó tiñe. Antes que reconozca la inocencia plena de Alberto, será preciso mucho tiempo: conozco á papá, y sé que tiene ese carácter. Mamá, por su parte, á decir verdad, no ha acabado de contrariarme en

mi proyectado matrimonio: con aquella máxima suya, de que los penitentes no se han hecho por las muchachas buenas, y con la prevencion con que mira á Alberto, diciendo siempre que la costumbre vence á la naturaleza, ha parecido siempre poco inclinada á los proyectos de mi padre. Figúrese V. qué será ahora despues del terrible efecto que ha producido la carta de D. Tomás. Póngase V. en mi caso, querido tio. ¿Cómo quiere que viaje con unos padres que no me podrán ver porque me mantengo firme en mis propósitos, y no dejarán pasar ocasion sin instarme, humillarme y reprenderme para que deje á Alberto? No podria vivir con este martirio constante y con el pensamiento de estar tan léjos de Alberto, mientras esté sufriendo. Tal vez perdiese la paciencia, y daria lugar á malos ratos. ¡Hermoso viaje seria por cierto! Mejor es pará mí cien mil veces permanecer encerrada en un convento de la ciudad. Al menos tendré paz y sin el aumento de indirectas, regaños y miradas iracundas por parte de aquellos á quienes amo más que á mí misma. Si V., tio, refiexionara un poco en mi situacion, estoy segura que tendría piedad de mí.

D. Cárlos dió fin al largo discurso de su sobrina, diciendo:

—¡Basta, basta, veremos!

Y salió en busca de su hermano, á quien encontró meditabundo, pero bastante tranquilo, en su escritorio.

XXXVIII.

Era el padre de Clementina un hombre de carácter abierto, franco y leal, propenso á la cólera, tanto que á veces no podia refrenarse; pero tambien fácil á dulcificarse. Además de esto, amaba tan perdidamente á su hija, que era su ojo derecho, el corazon de su corazon, el encanto de su alma. Estimaba en mucho su honra y la tenia á grande altura. La lucha, pues, nacida entre el extremado amor de padre y el celo por la honra de la casa, lucha que, despues de todo, no nacia sino del amor á Clementina, no podia menos de mantenerle en una suma inquietud, y obligarle á mudar sus determinaciones.

Despues de haber descargado aquella furiosa tempestad sobre su hija, al oir á su madre que habia tenido una convulcion, se enterneció de tal modo, que en el mismo instante hubiera acudido á abrazarla y pedirle perdon por sus destempladas palabras. No habiéndolo podido hacer por dictarlo un prudente respeto, se puso á llorar como un niño, y no cesó de darse golpes en la frente hasta que su mujer le aseguró que Clementina habia abierto la puerta á su tio y que ya tranquilamente hablaba con él. D.ª Libia se habia asegurado á su vez, acercándose con sigilo á la puerta de la habitacion, de que su hija se desahogaba con su tio.

—No sé verdaderamente á qué Santos

encomendarme para que esa bendita niña se desenamore de Alberto, dijo D. Vicente abriendo el corazon á su mujer. ¡Y por otra parte no puedo, no debo, no quiero ni ahora ni nunca consentir que se casen! Es mi última resolucion.

—Andemos con calma, Vicente. A buenas lo conseguirémos todo; pero con tiempo y paciencia. Clementina es dócil, y tiene un gran temor de Dios: deja que la efervescencia de la pasion desaparezca; que se tranquilice y se persuada de la mala accion de Alberto, y que yo la lleve á hacer sus acostumbradas devociones, y verás como se vuelve blanda como la cera. Por ahora te ruego no se hable mas del asunto. ¿Qué necesidad hay de precipitar tanto las cosas? Cuando el hecho de la riña de Alberto en Milan se hiciera público y llegara á saberse en la ciudad, entonces sí que creería yo oportuno romper por completo, sin consideracion de ninguna especie. Pero antes de dar ese golpe á los padres de Alberto es preciso que meditemos. ¡Pobrecillos! ¡Quién sabe lo que sufrirán con la desgracia del hijo! Es menester un poco de caridad cristiana, para que, si acaso Alberto llegase á morir, no corriera la voz que le habiamos anticipado la muerte con nuestras imprudencias.

—Esperemos que baje Cárlos, añadió el marido. ¡Qué providencia de Dios que se encuentre entre nosotros!

—¡Es un corazon de oro, un hombre in-

comparable! Atengámonos á lo que él diga. Es el mejor partido que podemos tomar en nuestras angustias.

XXXIX.

Al aparecer D. Cárlos en el escritorio, fué en efecto constituido árbitro de todo por los padres de Clementina.

Por natural temperamento era menos irascible que su hermano. Poseia un gran talento y cultura; su manera de tratar las cosas era sencilla, y una convincente persuasion acompañaba á sus tranquilos ademanes, con lo cual siempre en las disputas solia atraer á sus contrincantes. No le habia de costar, pues, mucho trabajo ganarse el ánimo de D. Vicente, inclinándole hácia su opinion, que se reducia á las tres proposiciones hechas á su sobrina y aceptadas por ella; tanto más cuanto doña Libia, temiendo por la salud de Clementina, apoyaba fuertemente las persuasivas razones de su cuñado.

Venció, pues, en todos los puntos; pero no trató de combatir el proyecto del inmediato viaje, porque vió á su hermano muy firme en quererlo emprender, y además porque él mismo se inclinaba á ello, juzgándolo altamente oportuno para distraer á su sobrina. En cuanto á las dificultades por ella expuestas, no hizo gran caso, creyendo que el viaje las habia de borrar todas, contribuyendo él mismo á conseguirlo.

Acercándose la hora de la comida, pensó la madre (¿en qué no piensan las buenas madres?) que era necesario dar primero apetito á Clementina; y para ello quiso que oyese de la boca de su padre como se habian cambiado los propósitos, en atencion al cariño que la profesaban.

Clementina entró en la habitacion, pálida, temblorosa y con los ojos bajos. Cuando su padre la vió tan desencajada, con el cabello descompuesto y con tantas señales de haber llorado, no pudo menos de levantarse y estrecharla entre los brazos con tales muestras de grave cariño, que venian á decir que si la borrasca habia pasado podia aún volver.

—¡Encanto mio! Acuérdate de que dicho de amor, desarma rigor, — murmuró la madre dando un beso en la frente á su hija.

Clementina recibió los afectos de su padre impasible como un mármol.

—Hija mia, dijo éste sonriéndose más con aire de indulgencia que de alegría; ahora te veo con verdadero placer, porque sé por tu tio que has prometido no contrariar á tus padres. Así todo irá bien. Siento haberme dejado arrebatar por la ira, y acalorado haber pronunciado palabras que bien puedes comprender cuán en desacuerdo están con el corazon de tu padre. ¡Ah no, hija mia querida! tu padre no te ha maldecido. ¡Dios me libre siempre de tal cosa!

Aquí quedó sin voz D. Vicente y empezó á sollozar.

—¡Pues no faltaba más sino que Clementina se creyese maldita por su padre! —dijo D.ª Libia.

La pobre jóven miraba al suelo callada. En seguida se le empezó á notificar lo que á persuasion del tio se habia resuelto; despues el padre concluyó diciendo:

—Quedamos, pues, en que mañana por la tarde nos vamos todos. Despues de comer escribiré á D. Felipe para avisarle que hácia el medio dia nos irémos á despedir de él. Esta tarde, mientras tanto, preparad los baules, y que Clementina ponga la parte más precisa de su ropa. Las joyas se pondrán en mi cofrecito. Mañana temprano á las ocho lo más tarde, subirémos al carruaje. Así está decidido, y no hay que hablar más sobre el asunto.

Clementina no desplegó los lábios ni hizo gesto de ninguna especie.

—¿Estás ahora contenta? le preguntó en voz baja D. Cárlos mientras salian del escritorio para entrar en el comedor.

—Resignada como una oveja que va al matadero, pero no contenta.

—Come ahora con apetito, y yá hablarémos despues.

—¡Ah! tio, si supiera V. cuántas más ganas tengo de llorar que de comer!

XL.

Efectivamente, una vez sentada á la mesa, Clementina no respiraba ni comia. Ponia el tenedor y el cuchillo en el plato

cortaba alguna cosa, fingia masticar algo y bebia agua fresca; pero al fin se hacia quitar de delante lo poco que se habia puesto. Estaba distraida y sin color; sus ojos se fijaban casi siempre en el ramo de flores que ella habia destinado á Alberto y que ahora adornaba la mesa, y de cuando en cuando se le oia reprimir los sollozos.

La madre atendia más á su hija que á sí propia; la llamaba bajito, la tocaba con el codo, le rogaba con alguna mirada suplicante y con palabras sueltas para que no siguiese en su obstinacion.

—Mamá, créame V., no tengo apetito, replicaba Clementina: y la madre suspiraba.

D, Vicente todo lo veia y oia, y sufria en silencio; pero disimulaba por miedo de alterarse y renovar las pasadas escenas.

D. Cárlos llevaba la palabra con discrecion, tratando de distraer la atencion sobre cosas agradables. Algunas veces le respondian con monosílabos ó interjecciones su hermano ó su cuñada; pero en seguida volvia á reinar el mayor silencio. Parecia propiamente una comida fúnebre,

Al fin D. Vicente, cansado ya de tanto sufrir, dijo á su hija:

—Clementina, á la mesa se viene á comer y no para poner hocico á los que están en ella. Toma ahora esa buena pechuga de pollo, y enséñame luego el plato limpio.

—Gracias, papá; no tengo apetito.

—Por caridad, hija mia, obedece á tu padre para no exasperarle,—le murmuró la madre al oido. Despues, apretándole el talle con el brazo izquierdo, le dijo:

—¡Cómo te late el corazon! ¿Qué tienes?

—Nada, nada.

—Señorita, añadió el padre con aspereza, obedezca V. y coma.

—Papá, me siento algo mala, respondió ella levantándose de la silla con el rostro demudado; comeré despues. Ahora tengo necesidad de aire. Permítanme que vaya á respirar un poco en el jardin.

D. Vicente se encogió de hombros, y Clementina salió fuera.

—¡Jesús mio! Á este paso esa hija querida va á enfermar, exclamó con pena la madre. ¡Está desconocida! En veinticuatro horas ha cambiado de tal modo que no parece la misma.

—¡Ah, Libia mia! añadió D. Cárlos; con el leon y con el amor no caben burlas. Os ruego, por lo mucho que la amais, que andeis con mucha calma en este asunto. No es todavía la ocasion de hacerle sentir el peso de vuestra autoridad. Es preciso compadecerla, tratarla con dulzura y ser con ella condescendiente hasta el extremo. La pobrecilla se encuentra en un estado que á mí mismo me hace temblar.... ¡A un corazon como el suyo darle dos estocadas, la una más fiera que la otra, de improviso y en tan pocas horas! ¡Eso es terrible!

—Pero ¿qué habíamos de hacer? (le interrumpió D. Vicente con una mano en la frente en aptitud desesperada). ¡Oh! ¡en qué cruel embrollo me encuentro! ¡Padre infelicísimo! Cuanto más lo pienso, más se me parte el corazon y se me trastorna la cabeza. ¡Ah! querido Cárlos, ten piedad de nosotros y de nuestra hija! Tú tienes ingenio y buena conciencia; sácanos, pues, de este trance terrible; en tí ponemos el honor de la casa y la vida de Clementina.

—Haré cuanto pueda por ayudaros; pero conviene que tengais prudencia y seais sufridos y afables con ella. Esta tarde no la mostreis estar ofendidos por nada; ponedle la mejor cara posible, y yo, ántes que se vaya á acostar, os la traeré mansa, resignada y cariñosa como una ovejita.

XLI.

Despues de dar un paseo por el bosquecillo próximo al jardin, cogiendo rosas á su paso, la pobre Clementina, sumida en el mayor desconsuelo, se habia dejado caer lánguidamente en el mismo asiento en que poco antes habia escrito su billete de respuesta á Alberto. Allí, vagando con la fantasía de un pensamiento en otro, casi sin darse cuenta de ello, comenzó á entrar en posesion de su corazon abandonado. En un principio tuvo remordimiento por haber sido causa de tanta indignacion por parte de su padre. Despues, á medida que se serenaba, comenzó á entristecerse

por sus valentonadas y sus contestaciones, avergonzándose de ellas. «No era dueña de mí,» se decía á sí propia. Este pensamiento, sin embargo, no le quitaba el sonrojo ni le aplacaba el remordimiento.

Inmóvil sobre aquel asiento, con el fresco y oloroso ramillete de rosas en el regazo, estuvo algun tiempo como si fuera una verdadera estatua de mármol. Tenia sus ojos fijos en aquellas flores, doradas por el sol poniente, y algunas lágrimas regaban de cuando en cuando sus pétalos. Pero esta vez sus lágrimas no eran hijas de la ira, sino del arrepentimiento. ¡Qué humilde y amable hubiera deseado estar con su padre! ¡Cómo anhelaba que su arrogancia y aspecto desdeñoso no le hubiesen enfadado!

A la luz de la razon que empezaba á tener dominio en ella, Clementina volvia á ser Clementina, esto es, la piadosa, la dulce, la prudente jóven, de corazon de paloma y de humor de corderillo, como su madre decia. No cesaba, no, de permanecer amante y fidelísima á Alberto, pero volvia á sentirse hija querida de tiernísimos padres.

—¡Cuántos pecados he cometido hoy! pensaba amargamente en su interior. ¡Cuánto disgusto debo haber dado á mi tio! ¡Ah, si él intercediese por mí, con qué gusto les pediria perdon!

En esto la campana tocó el *Ave María*. Aquellos ecos recordaron á Clementina que tenia primero otro perdon que pedir y

que obtener: el perdon de Dios. Se puso en pié, y llorosa como estaba pasó á rezar el *Angelus* en el oratorio; pero aquel *Angelus* fué bien largo, pues duró media hora.

—Tanto he llorado, que parece imposible me queden los ojos en la cara,—dijo despues á su tio, cuando buscándola por todas partes la llegó á encontrar sentada en un ángulo oscuro de la capilla.

XLII.

No transcurrió mucho rato para que se viese restituida á la gracia de su padre y colmada por él y su madre de caricias; pero vió al mismo tiempo que se activaban los preparativos para el viaje, y que su ropa se metia en los baules. Supo, sin embargo, que el viaje no se haria por alejarla de Alberto ó por distraerla de sus afecciones, sino que tendria por objeto una peregrinacion en honor de la Vírgen á los dos venerandos santuarios de Lourdes en los Pirineos, y la Saleta en los Alpes. Fué esta una feliz ocurrencia de D. Cárlos para aminorar á su sobrina, á su prometido y á sus padres la pena consiguiente, y dar un pretexto al público para explicar aquella singular partida. Y efectivamente, la idea de ir peregrinando á pedir para Alberto y para ella misma, en las presentes desgracias, la gracia y la proteccion de la Madre de Dios, consoló mucho á Clementina y casi la llenó de alegría.

A la mañana del juéves siguiente, á las

ocho, subieron al coche y tomaron el camino de la ciudad. Al salir de la puerta de la quinta, Clementina, más pálida pero más consolada que el dia anterior, dijo al oido de su tio, á quien tenia en frente:

—¡Y figurarse que hoy debia de haber aquí tanta fiesta para nuestra boda!

—¡Querida mia! le respondió D. Cárlos con melancólica sonrisa; así va el mundo más inestable que el polvo que arrebata el viento.

XLIII.

Desde la mañana del mártes, cuando pasó ya la crísis de la enfermedad, hasta la del juéves, Alberto no habia cambiado gran cosa. Los médicos en tanto le daban como aliviado en cuanto no iba peor la herida; pero la fiebre seguia sin disminuir lo más mínimo; con frecuencia salian los esputos sanguinolentos; no cesaban las punzadas en el costado izquierdo, y sus fuerzas iban decayendo, gracias á los fuertes medicamentos que le habian administrado.

Por todo esto los médicos se mostraban inquietos entre sí, por más que no pusieran mala cara á la familia y amigos de la casa. Decian que era preciso estar en observacion; que por el momento era mejor una calentura seguida que una interminente y de acceso vario; que tal vez se hubiera resentido más el pulmon que el corazon; que era sensible que en Milan, des-

pues de recibida la lesion, hubiese recibido una rápida cura quirúrgica en vez de un tratamiento médico, que era incomparablemente más necesario: que por otra parte su fuerte constitucion, la pureza de su sangre y la robustez de su juventud daban fundamento á concebir esperanzas de que sanaria, aunque no tan pronto como se deseaba. Al mismo tiempo recomendaban á su madre que dejaran en paz al enfermo, que no se le molestase con visitas, ni se le expusiera á emociones de ningun género.

—Y V., señorito, estése lo más quieto posible y no dé lugar á la tristeza (añadió el médico de cabecera al despedirse de él en la mañana del juéves); piense al contrario en cosas alegres y agradables, y procure distraerse.

El buen doctor pedia un imposible. Alberto no estaba ni podía estar tranquilo: la aprension de la muerte, el recuerdo de Clementina, el temor de que la verdad llegara á saberse, el remordimiento de haberla encubierto á su padre y á su futuro suegro, y el gravámen de su conciencia por haber hecho tan considerables apuestas sobre los juegos de otros, faltando (ahora lo veia claro)á sus juramentos más formales, le tenian en ansiedad y le llenaban de desconsuelos. El pobre sufria más de espíritu que de cuerpo.

Se habia entregado por completo en manos del P. José, á quien habia abierto con sinceridad su corazon. Despues de Dios él

era su apoyo y su consuelo; por eso le habia rogado que no le abandonase ni de dia ni de noche, pasando á vivir á su casa y en el cuarto más próximo.

Mucho se habia afanado aquel hombre piadoso y prudente para tranquilizar á Alberto. Le habia asegurado que la buena fé con que decia haber hecho las apuestas le excusaba de culpa grave delante de Dios: en cuanto á la ficcion buscada para explicar su herida, le habia dicho ya desde el primer momento que ya era tiempo de aclararlo; y habiéndole dicho Alberto que no tenia fuerza para desmentirse, le rogó que no se angustiase.

—Yo me ocuparé en ello, añadió: informaré con toda cautela á D. Felipe y á D. Vicente; pero conviene que esté autorizado á hacerlo con libertad, valiéndome, en cuanto me sea necesario, de los secretos que V. me ha confiado.

—¡Sí, Padre, quíteme ese peso! ¡Hágalo V. con la mayor prontitud! Diga V. sin temor todo cuanto de mí crea y sepa le doy carta blanca y pongo en sus manos mi honor; pero hágalo V. pronto, porque me parece que Dios no me ha de perdonar hasta que confiese mis errores, al menos por boca de V., á mi padre y al de Clementina.

XLIV.

Cuando D. Vicente estuvo á visitarle el miércoles temprano, hubiera querido Al-

berto que el Padre José le dijera la verdad del caso.

Pero por algunas justas razones no pudo, y en su lugar difirió el hacerlo hasta despues del medio dia, habiendo asegurado D. Vicente que volveria antes de retirarse á su quinta. No volvió, sin embargo, y el lector sabe por qué; pero Alberto, que estaba muy lejos de sospecharlo, tuvo por ello un gran sentimiento.

La repuesta de Clementina que su tia le habia traido, léjos de tranquilizarle, le aumentó la afliccion, y las pocas, pero ardientes palabras de su prometida, le avivaron de tal modo los afectos, que le llevaron al delirio y á la inquietud.

—¿Por qué se agita V. tanto, hijo mio? le decia el P. José. ¿Qué hay en esos dos renglones que pueda darle inquietud tan grande? Me parece que debiera estar contentísimo por la eterna fidelidad que su Clementina le jura.

—Padre mio, la idea de haber perdido aquel ángel de la tierra, me destroza el corazon.

—¿Y por qué perdida?

—Si yo muriera, ¡paciencia! Quedarémos el uno y el otro en el corazon de Dios, y un dia nos reunirémos, lo espero, en el paraíso. Pero, ¿y si sanara?

—¡Tanto mejor! Clementina será de V. áun en este mundo.

—¡Mia en este mundo! ¡Dios le oiga! Pero no me atrevo á esperarlo.

—¿Y por qué?

—Me he jugado á Clementina la noche del sábado en Milan, y allí la he perdido. El hierro del asesino que me ha atravesado el pecho, ha roto tambien el nudo que me la ligaba al corazon.

—¡Aprensiones!

—He pensado y repensado todo el dia de hoy lo que dirá D. Vicente cuando sepa cómo ha sucedido el hecho. Me perdonará porque es buen cristiano, pero me negará la mano de su hija. Le conozco bien, y sé que no ha de hacer otra cosa: V. lo verá, Padre, si tengo razon. Tambien sospecho que lo sepa ya todo ó al ménos que recele alguna cosa. Quiero tener, sin embargo, la conciencia tranquila, y así al ménos tendré el consuelo de haber perdido á Clementina por haber sido sincero y franco en la confesion de mis faltas. ¡Oh, si los hombres imitasen al Señor y perdonasen como El perdona!

—¡Animo, querido Alberto! Dicen que no hay que pintar al diablo más feo de lo que es: con la imaginacion va V. demasiado léjos, D. Vicente tiene un corazon generoso, y cuando conozca que obra V. de buena fé....

—¡Si los hombres mirasen las intenciones, seguro estoy de que mi buena fé me libraría de mucho! Pero lo malo es que sólo atienden á lo exterior, y lo interior lo dejan al juicio de Dios.

—Vamos, obedézcame y déjeme V. obrar. Encomiéndese á la Vírgen, á su Angel custodio y al de Clementina, y descanse V. en mí.

Poco despues entró D. Felipe para notificar á Alberto que D. Vicente le habia enviado un comisiado para advertirle que á la mañana siguiente pasaría á visitarle en compañia de D.ª Líbia.

—Por consiguiente, mañana se juega el todo por el todo, dijo resueltamente Alberto al P. José.

—Sí, lo jugaremos; pero es necesario valor y calma.

Valor no le faltaba á nuestro jóven, pero calma era difícil tenerla.

XLV.

Á la mañana siguiente, á eso de las once, habían acudido allí D. Vicente con su esposa, su hermano y Clementina; pero el lector puede imaginarse con qué disposiciones de ánimo. Segun las intenciones de D.ª Libia, y áun las de su marido, Clementina no debiera haber ido. Por fortuna el baston de mando había pasado á las manos del tio Cárlos, y éste gobernaba las cosas con su habitual prudencia.

Parece supérfluo decir la afectuosa acogida que hicieron los padres de Alberto á Clementina y los suyos, así como los mútuos lamentos por el triste reciente suceso. Pero cuando oyeron que aquella visita era de despedida, y que por la tarde saladrian para los santuarios de Lourdes y la Saleta, el llanto de dolor se cambió en llanto de ternura, y dificultad les costaba creer posible tal pensamiento puesto tan de repente en ejecucion.

—¡Oh, Clementina! De seguro que el mérito de esta bella y santa idea es debido á tu amor y fidelidad hácia Alberto!—exclamó D.ª Amalia abrazándola con efusion.

La pobre jóven no respondió, pero regó su cuello con gruesas y ardientes lágrimas. ¡Ah, si aquellas lágrimas hubieran podido hablar! ¡Si la buena madre de Alberto hubiera podido adivinar su sentido! ¡Si se hubiera figurado el tormento que con tal suposicion daba á aquel corazon que palpitaba junto al suyo!

XLVI.

A los pocos momentos entró en la sala el P. José, que fué recibido con las mayores muestras de veneracion. Clementina, llorosa como estaba, se apresuró á besarle la mano, preguntándole con cierta cariñosa envidia:

—Padre, ¿es cierto que está V. siempre con Alberto?

—Sí, señorita, estoy con él dia y noche, ó pared por medio; y lo hago con placer, que son muchos los consuelos que de él recibo.

—¡Oh! ¡si yo pudiera verle un instante, un sólo instante!

El sollozo le ahogó la voz, y se cubrió el rostro con las manos.

—Hija, no hagas bobadas (dijo su madre reconviniéndola); ya sabes que los médicos no quieren que Alberto tenga conmociones.

—Sí, pero creo, replicó el P. José, que una brevísima visita de la señorita no haria sino bien á Alberto.

—¡Ah, Padre mio! exclamó la jóven ¡sois un verdadero siervo de Dios, un Santo que conoce el corazon humano!

—Tranquilícese V., señorita. Tomo á mi cargo introducirla en el cuarto de Alberto, sin que resulte la menor sombra de inconveniente para él.

—¡Padre José, no hagamos imprudencias! le dijo D.ª Libia con un tono entre disgustado y suplicante.

D. Vicente añadió:

—No quisiera que...

—Permítame V., interrumpióle el P. José. Prepararé primero á Alberto para la visita; ruego á Vds. depositen en mí toda su confianza. Ante todo quisiera decir alguna cosa á los dos padres y áun á D. Cárlos, ya que tengo el gusto de verle. Cuando gusten les espero en la salita verde. La señorita tenga un poco de paciencia.

—Padre, á V. me encomiendo; vuelva pronto,— dijo Clementina cruzando las manos.

—Déjeme obrar, y no dude que volveré.

D. Felipe y su esposa se encogieron de hombros en señal de aquiescencia y trataron de aplacar á D.ª Libia, que empezaba á enfadarse con su hija. D. Cárlos, por su parte, alabó la proposicion del P. José, por lo cual la jóven, al verse favorecida por él de este modo, le dió un fuerte abra-

zo como muestra de tierno agradecimiento; al paso que la madre, disimulando bien poco el disgusto que experimentaba, dijo:

—Sí, sí, hazle muchas caricias; tienes razon, te concede cuanto quieres.

Y suspiró, echando una mirada á D. Vicente, que se escondia sin hablar palabra.

XLVII.

El P. José, por su mucha piedad y rara doctrina y sus agradables maneras, consiguió tener tal eficacia y suavidad de elocuencia, que con razon habia adquirido la fama de notable orador. Como, por otra parte, estaba solo con aquellos tres señores que le apreciaban, y empezó primero á insinuarse en su ánimo, llenando de alabanzas el noble arranque que Alberto hacia por su medio, consiguió tener cogida la palma antes de tocar el punto.

Efectivamente. Expuso con tal habilidad la mala costumbre de jugar por apuestas, seguida por nuestro jóven, y su doloroso lance de Milan, que D. Felipe no tuvo nada que decir y D. Vicente recibió de ello casi edificacion. Aquel hombre sagaz y caritativo hizo resaltar admirablemente las circunstancias atenuantes, é hizo ver con admirable claridad que Alberto, con propósito deliberado, más bien habia arriesgado su vida que aceptado un duelo con un aventurero, y cargádose con las

excomuniones de la Iglesia.

Cuál fuera la impresion que D. Vicente recibiera, bien lo demostró cuando habiendo su hermano Cárlos interrumpido el discurso del P. José, exclamando: «¡Pecado confesado, medio perdonado!» calurosamente le corrigió diciendo:

—¡Qué medio! ¡Todo, todo perdonado! Como Dios perdona, así hemos de perdonar nosotros. El pecado de Alberto se acerca más al heroismo que á la culpa.

Luego, levantándose con ímpetu, y cogiendo las dos manos del P. José, prosigió diciendo con entusiasmo:

—Desde ayer lo sabia todo; un amigo de Milan me habia informado. Pero ignoraba lo más importante, que Alberto hubiese sido víctima de su fidelidad á la Iglesia. Con esto me basta. Si no fuera por eso, tal vez, y sin tal vez, le hubiera negado la mano de mi hija. Ahora en manera alguna. Dígale V. que se tranquilice, que yo le perdono, que le quiero más que antes, y que ansío ver llegado el momento de volverle á asegurar la entrega de mi hija, de esa hija que es todo mi corazon.

Volviéndose á D. Felipe, quiso hablar más, pero no pudo. Tambien éste habia enmudecido por los mil afectos que hervian en su seno; y se arrojó en los brazos de D. Vicente. Ambos padres permanecieron algun rato abrazados, en tanto que D. Cárlos se frotaba los ojos arrasadas en lágrimas, y el buen P. José bendecia á Dios interiormente, y gozaba las dulzuras de la victoria.

XLVIII.

Apenas se quitó de los brazos de D. Felipe, corrió D. Vicente á llamar á Clementina. Esta, á la fuerte y penetrante voz de su padre, se sintió helar la sangre en las venas, temiendo un nuevo arranque de cólera; pero así que llegó á donde su padre estaba, temblorosa y llena de miedo, la abrazó éste con tal vehemencia de cariño, que parecia un loco.

Corto fué el diálogo entre los dos; pero reanimó el corazon de la pobre muchacha, que cuando menos se lo figuraba se veia unida por su padre á aquel cuyo nombre pocas horas antes hasta le estaba prohibido mentar.

Indescriptible fué la alegría de Alberto cuando por boca de su Padre espiritual supo el perdon que le habian concedido con tan inesperada largueza. El abrazo que despues recibió de D. Vicente, y las nuevas seguridades que le dió de que seria suya Clementina, le pareció que le daban más la vida que todas las medicinas.

Poco despues salió D. Vicente para volver con Clementina al cuarto de Alberto.

D. Cárlos, D. Felipe y el P. José permanecieron de pié al lado del enfermo.

Cuando la jóven, apoyada en su padre, anhelante y trémula, puso el pié en la habitacion, asomó la cabeza por entre las cortinas del lecho, y al ver á su prometido volviéndose hácia ella, pálido y consu-

mido, dijo, dando un paso hácia atrás y llena de espanto.

—¡Que desfigurado, Dios santo! ¡Nadie le conoceria!

—Clementina, acércate que te vea, dijo Alberto con voz trémula y débil. Ven, apriétame la mano y quedo contento.

La jóven sintió que le faltaban las fuerzas; pero apoyándose en su padre, llegó al lado del lecho, arrastrada más bien que llevada. ¡Cosa singular! Ninguno de los dos podia articular palabra. Cogiéronse por la mano derecha, y por largo tiempo se estuvieron mirando fijamente: no mucho, empero, sin que sus ojos se llenaran de lágrimas, hasta el punto de no verse. Todos los presentes á aquella escena muda y sublime lloraban de ternura.

Temeroso el P. José del movimiento convulsivo que se notaba en Alberto, dijo con autoridad:

—Basta, basta; ya se han visto y saludado, y si no las lenguas, los corazones al menos han hablado. Señorita, ruégole que se retire.

—¡Hijos queridos! Que Dios os una y bendiga pronto en el altar, como nosotros en este momento os bendecimos y confirmamos como prometidos esposos—dijo D. Vicente con calor y bañado en llanto. Despues cogió las manos de los jóvenes, que estrechó con afecto, les besó en la frente á ambos, y arrancando á Clementina de la cabecera de Alberto salió del cuarto.

—¡Vive! ¡A Dios! balbuceó la jóven en

el momento de ser separada de Alberto.

—¡Siempre tuyo! murmuró éste, y cubrió su cara con la sábana para dar libre curso á sus lágrimas.

Cómo quedó Clementina por algun tiempo medio desvanecida en un sofá, no trataré de describirlo. Nobles corazones de mis lectores, os diré con el poeta: «Juzgad su corazon por el vuestro.»

XLIX.

Por la tarde D. Cárlos, D.ª Libia y Clementina tomaron el ferrocarril, camino de la Liguria. D. Vicente se quedó en la ciudad para ultimar algunos negocios, y entre ellos el de proveer el secreto del suceso de Alberto, que le inspiraba gran interés; pero se pusieron de acuerdo para estar todos reunidos el sábado siguiente en Génova.

Todo lo habia conseguido Clementina aquel dia, como á menudo se lo echaba en cara su madre, excepto el retardar una semana el viaje. Para sacar esta concesion de su tio, árbitro en el asunto, habia puesto en obra todas las buenas artes que un amor sencillo é ingenioso puede inspirar; pero todo fué en vano: su tio fué inflexible.

—¿Y por qué tanta severidad? le preguntó al fin.

—Porque así lo exige tu bien y el de Alberto. Ahora conviene que con la mayor solicitud pidas á Dios la última gracia; la que no depende de los hombres, sino de

El solo: la curacion de tu prometido.

—Para esto no es preciso que yo viaje: Dios y Nuestra Señora me oyen desde cualquier parte.

—¿Qué duda hay? Pero como el alejarte ahora y visitar los dos santuarios es para tí un sacrificio, es conveniente que lo hagas, y con prontitud y alegría. ¿No sabes que los sacrificios pesan más que las oraciones en la balanza de la eterna misericordia?

Es muy cierto, pero al menos que el viaje se acorte todo lo posible. En doce dias se va y se vuelve cómodamente.

—Esto ya lo verémos. El tiempo da consejo.

Lo dicho no era un pretexto rebuscado; tambien habia, sin embargo, otra razon que D. Cárlos no queria revelar á su sobrina. Queria ver cómo pudiera resolverse la enfermedad de Alberto, pues á juzgar por ciertos indicios nada bueno pronosticaba. Clementina quedó tranquila con lo dicho, y salió resignada y puesta su esperanza en Dios.

L.

La madre, por el contrario, se encontraba algo turbada y pensativa. Habia sentido que D. Vicente, en el entusiasmo del momento, producido por la elocuencia del P. José, hubiese ido demasiado léjos, sin contar para nada con ella, que al fin y al cabo algun derecho tenia de ingerirse en

el asunto, en su calidad de madre: se quejaba de la renovacion de promesa de matrimonio, y del empeño que su marido habia mostrado en que se celebrase la boda tan pronto como Alberto hubiera sanado. No pasaba por esta promesa de adelanto, siendo así que era preciso, dado el caso de curacion, pretender de Alberto otro año de prueba, pues que la buena fé pasada podria servir para descargar la conciencia, pero no para debilitar el mal hábito del juego; y habiéndose comprobado hasta la evidencia que en él la costumbre habia vencido á la naturaleza, no se podia confiar mucho en la perseverancia de una conversion hecha en un momento de augustia, como las promesas de los marineros.

Ella queria garantías sólidas para el porvenir; y á su vez, un jóven que pocas noches antes se habia atrevido á poner sobre el tapete diez y seis mil liras, hacia temer que á los seis meses de casado se jugase el patrimonio que pudiera corresponderle muerto su padre, y la dote de la mujer con todas sus joyas.

Además de esto, sentia que D. Vicente hubiese dado alas al amor de Clementina, cuando á tanta costa se habia empezado á hacérselo olvidar. Ahora su hija se habia obstinado cada vez más en sus afecciones, y de allí en adelante, con la cabeza llena de aire, enloqueceria y no seria dueña de sí: y si por casualidad el matrimonio no pudiera realizarse, con seguridad perderia le seso y acaso la vida.

Por estas y otras razones que habia expuesto á D. Vicente, pero que prudentemente ocultaba á Clementina, salió D.ª Libia con el corazon traspasado; consolándose tan sólo con la esperanza de que la bendita Madre de Dios le haria en sus santuarios la gracia de sacarles á todos de los peligros y disgustos en que se veian metidos.

LI.

—De ayer á hoy, en cuarenta y ocho horas, ¡qué extraño drama ha pasado entre nosotros! dijo D.ª Libia á D. Cárlos, hácia la media noche, cuando vió dormida á su hija. ¡Me parece un sueño!

—No ha faltado ni lo trágico ni lo cómico.

—Lo cómico ha sido demasiado. No perdono á Vicente su imprudencia. ¡Y tú, persona de tanto juicio, aprobarlo! No lo comprendo.

—El caso era difícil, créeme, Libia: ha sido mejor alabar el hecho, que tratar de romper.

—¡Hem! ¡así será! Pero no comprendo ciertas prudencias. Haré un acto de fé; pero para creer que sea bueno, entregar una hija á un jóven habituado al juego, al peor de los juegos, y entregársela así, á ciegas, sin una prenda de conversion en las manos, y dársela como en premio de la peor calaverada que ha hecho en su vida, debes concederme que necesita una

fé de aquellas que creen lo negro blanco y lo blanco negro.

—Si Alberto vive, despues de la leccion recibida, saldrá de la cama hecho otro hombre: hay en aquel jóven un fondo poco comun de bondad y de religion. Estoy tranquilo, y confio en Dios que Alberto hará una verdadera conversion.

—La Vírgen santísima nos ilumine á todos, y nos dé la feliz confianza de que disfrutas. ¡Ya! ¡las madres cortadas á la antigua somos demasiado escrupulosas!... ¡Ayudadme, Vírgen mia!

Hechas estas y otras tales exclamaciones, suspiró D.ª Libia un poco, y en seguida se retiró para conciliar el sueño.

En la tarde del sábado D. Vicente fué á Génova y se reunió con los suyos, satisfecho con ser portador de la noticia del mejoramiento de Alberto, y por haber quedado conforme con D. Felipe en que diariamente por cartas y telegramas les informarian sobre el estado del enfermo.

LII.

Clementina creia que el viaje duraria tan sólo doce dias, pero bien pronto se desengañó. En los trayectos y en las detenciones de Génova á Niza, de Niza á Marsella, de Marsella á Tolosa, y de aquí al santuario de Nuestra Señora de Lourres, no se emplearon ménos de quince. El tio Cárlos encontraba siempre pretextos, para ir alargando la expedicion, en vista

de las desconsoladoras noticias que diariamente recibian de Alberto. En los primemeros diez dias la pobre jóven estuvo desdeñosa, impaciente y sin gana de hablar. Se disgustaba á menudo, y de todos los modos que podia acosaba á su tio para que se acortase el viaje y no se detuviesen en parajes que no ofrecian interés: excusaba visitar las curiosidades, ó las visitaba con fastidio. Pasados, sin embargo, estos primeros dias empezó á estar más tratable y sumisa, porque empezó á concebir temores por la suerte de Alberto. Más adelante, Clementina hablaba muy poco, se recogia en sí misma, y se la veia melancólica y pensativa mostrándose indiferente á todo.

Dos mañanas enteras pasó rezando en la iglesia de Lourdes: lloró en extremo y se llenó de gran fervor. Un piadoso sacerdote, al cual descubrió sus angustias, la consoló haciéndole poner ciegamente su suerte y la de Alberto en manos del Señor, y aconsejándola leer la vida y las obras de santa Teresa de Jesús, que bien pronto buscó y compró en Tolosa.

—Tio, dijo poco tiempo despues en confianza á D. Cárlos: á los piés de Nuestra Señora de Lourdes he hecho esfuerzos increibles para ofrecer á Jesús el sacrificio de Alberto, pero no he podido hacerlo. He suplicado á la Vírgen que tome de mí cuanto quiera, pero que me lo deje.

LIII.

Pocos dias despues fuéron al santuario de Nuestra Señora de la Saleta. Clementina habia leido y releido los tomos de santa Teresa.

—¡Oh, cuánto bien me hacen estos libros! decia con frecuencia á su madre y á su tio.

Efectivamente: á no ser por lo encarnado de sus ojos, que demostraba lo mucho que habia llorado, no se descubria en ella ninguna señal de inquietud. A las noticias cada dia más aflictivas del estado de Alberto, parecia corresponder con un aumento de resignacion. Para sí era el sufrimiento, combatiendo consigo misma, y ocultando á sus padres la armagura de sus penas; procuraba no llorar delante de ellos, y sí tan solo cuando se ocultaba de su vista, para desahogar su oprimido corazon. Mucho habia enflaquecido, y su tez habia perdido el color, pareciendo una rosa de mayo próxima á secarse.

—Mamá, dijo Clementina despues de terminada la peregrinacion á la Saleta; hoy me encuentro dispuesta á todo. En la Comunion de esta mañana me he sentido con fuerzas para desprenderme de Alberto. He sacrificado á Jesus mi vida, y le he rogado que aceptara tambien la mia, haciéndole el voto de que solo á Él, mi infinito Bien, quedaré ligada para siempre, y en Él el alma de aquel á quien úni-

camente he amado en la tierra. Mi corazon no será de nadie más. Ahora estoy tranquila y dispuesta á recibir con pecho de hierro el anuncio de su muerte.

¿Fué inspiracion? ¿Fué casualidad?... No hábian trascurrido cinco horas, cuando D. Vicente recibió el telegrama diario. Alberto habia pasado santamente á la eternidad, á la misma hora en que Clementina lo habia inmolado consigo á Dios. El Señor parecia haberse compadecido tanto de aquella pobre jóven, que no quiso arrancarle su prometido hasta que ella misma se lo hubiera ofrecido en holocausto. No fué, sin embargo, verdad que oyese la noticia con pecho de hierro. La gracia eleva la naturaleza, pero no la aniquila. Así que la oyó, dió un agudo grito y perdió el sentido por algunos instantes; pero, apenas vuelta en sí, quedó tranquila.

La detallada relacion de los últimos dias de Alberto, hecha por el P. José, que no se cansaba de leer y releer, le elevó el espíritu al cielo. Un ángel que hubiese muerto, no hubiera podido dejar este mundo con mayor sublimidad de fe y de celeste amor. Todos, el padre, la madre, el tio, no cesaban de exclamar:

—¡Qué muerte tan hermosa!

Pasado algun tiempo, la madre de Alberto recibió de Génova una cajita, acompañada de una carta enlutada. La cajita contenia una lindísima guirnalda, salpicada de perlas de Venecia: tenia bordadas dos manos que se enlazaban, y dos corazo-

nes encadenados, con los nombres de Jesus y de Maria. Entre estos emblemas se leian las palabras *Para siempre*. La guirnalda tenia un ancho lazo de raso negro, en cuyas caidas se leia en caracteres de oro, en la una *A su Alberto*, y *Clementina* en la otra.

La carta era de la pobre jóven, que rogaba pusieran aquella corona, bordada por sus manos, sobre el sepulcro de su prometido...

Cumplióse su voluntad, y aún se vé sobre la losa.

LIV.

Transcurridas seis semanas ocurrió que Clementina encontró, hallándose de paso en cierta poblacion, á un sacerdote antiguo conocido suyo, en el cual habia algunas veces depositado sus penas y sus alegrías.

—Padre, ¿me reconoce V.? (le dijo presentándosele toda enlutada y con un largo velo en la cara). Soy la pobre Clementina, á quien tanto bien hizo V. hace dos años. ¿Se acuerda V. de mí?

—¡Oh! ¿Es V.? Seguramente que me acuerdo. ¿Y qué quiere decir ese luto?

—¡Ah, Padre! ¡Si supiera V. mi historia! ¡Cuántas gracias tengo que dar á Dios, que me ha conducido á este sitio para poderme desahogar con V. y pedirle luz y consuelo! ¡No me niege V. una media hora! ¡Tengo tanta necesidad de su bondad!

—Hija, siéntese y hable. No tengo otra cosa que hacer que escucharla.

Se sentaron, y por su órden, y derramando copiosas lágrimas, refirió todo cuanto le habia sucedido. Despues le hizo preguntas, le pidió consejos, y con plena satisfaccion de su espíritu se sintió completamente pacífica y consolada por su noble resolucion de no querer dar su corazon á ningun otro sér creado, sino reservarlo sólo para Jesús, y en Él para el alma de su prometido.

Antes de despedirse, le preguntó:

—¿Por qué piensa V. que Dios me haya, querido privar con tanta amargura de Alberto?

—Hija, los designios de Dios son incomprensibles; pero es seguro que respecto á nosotros, mientras estamos en la tierra, son todos hijos del amor que nos profesa. Pienso, pues, que si Dios ha obrado así, ha sido por el amor que á V. y á Alberto tiene, y porque ha visto que la mútua felicidad de los dos no era que viviesen juntos temporalmente aquí abajo, sino eternamente en el cielo. ¿Qué hubiera sido de V. si despues de casada con Alberto hubiese irreparablemente probado, á expensas propias, los efectos de la costumbre que vence á la naturaleza? ¿Qué hubiera sido de Alberto si una muerte precoz no le hubiera abierto el cielo? No se ria V., ni deplore la pérdida de una imaginaria felicidad. Hija, en esta vida la felicidad es una palabra vana.

—¡Oh, Padre! Esto déjemelo decir á mí que estoy sufriendo la experiencia. A los diez y nueve años lo muestro en mí misma. La felicidad en este mundo es un sueño para quien aspira á ella, y una burla para quien cree poseerla.

¿Has oido, lector? Graba en tu mente esta sábia sentencia, y será el fruto más hermoso que pueda sacarse de mi desaliñada relacion.

FIN.